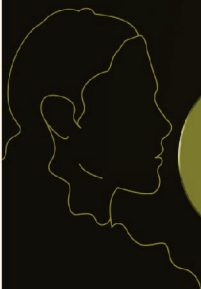


ÁNGEL LOMBARDI

EL HOMBRE Y SU TIEMPO

ENSAYOS DE HISTORIA



CLÍO
FUNDACIÓN Y EDICIONES



UNIVERSIDAD
DEL ZULIA

Ángel Lombardi

EL HOMBRE Y SU TIEMPO

Ensayos de historia

Fundación Ediciones Clío
Academia de Historia del estado Zulia
Centro de Estudios Históricos de la Unviersidad del Zuliao

Maracaibo – Venezuela 2023

Este libro es producto de investigación desarrollado por sus autores. Fue arbitrado bajo el sistema doble ciego por expertos.

El hombre y su tiempo. Ensayos de historia

Ángel Lombardi (autor).



@Ediciones Clío

@Academia de Historia del estado Zulia

@Centro de Estudios Históricos de la Universidad del Zulia

Noviembre de 2023

Maracaibo, Venezuela

1ra edición

ISBN: 978-980-7984-95-9

Depósito legal: ZU2023000342

Colección *Ciencias sociales*

Diseño de portada:

Diagramación.: Julio César García Delgado

Esta obra está bajo licencia: Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

El hombre y su tiempo. Ensayos de historia / Ángel Lombardi (autor).

– 1ra edición digital – Maracaibo (Venezuela) Fundación Ediciones Clío / Academia de Historia del estado Zulia / Centro de Estudios Históricos . 2023.

90 p.; 22,8 cm

ISBN: 978-980-7984-95-9

1. Historiografía, 2. Historia, 3. Filosofía, 4. Teoría de la Historia.

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución sin fines de lucro que procura la promoción de la Ciencia, la Cultura y la Formación Integral dirigida a grupos y colectivos de investigación. Nuestro principal objetivo es el de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural con la intención de Fomentar el desarrollo académico, mediante la creación de espacios adecuados que faciliten la promoción y divulgación de nuestros textos en formato digital. La Fundación, muy especialmente se abocará a la vigilancia de la implementación de los beneficios sociales emanados de los entes públicos y privados, asimismo, podrá realizar cualquier tipo de consorciado, alianza, convenios y acuerdos con entes privados y públicos tanto de carácter local, municipal, regional e internacional.

El hombre y su tiempo. Ensayos de historia tiene como finalidad explorar procesos, ejemplos, metodologías y doctrinas, mostrando los límites y compromisos de la disciplina frente a la contemporaneidad. Aunque se presenta como un manual, también analiza la cultura y se conecta con disciplinas como la filosofía, sociología y antropología, enriqueciendo el diálogo y abrazando la diversidad. No se enfoca en la rigidez de la especialización, sino en la ilustración como herramienta para comprender un mundo en constante revelación y complejidad.

Atentamente;

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia

El Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia, busca promover las publicaciones sobre Historia local y Regional e Historia venezolana, especialmente las investigaciones que aportan conocimientos inéditos o enriquezcan la producción científica sobre distintas temáticas de la Historia.

Se persigue que la Academia de Historia del estado Zulia, genere una producción editorial propia, desarrollada fundamentalmente por historiadores, con altos niveles de calidad e innovación, tendientes a satisfacer las necesidades de acceso al conocimiento y consolidar una producción editorial para ofrecer a la colectividad en general, como aporte a sus objetivos y fines institucionales.

El proyecto nace de la confluencia de dos circunstancias que justifican su carácter netamente académico: la convicción de que todavía es posible hacer un libro de calidad, tanto en contenidos como en presentación formal, y la participación de prestigiosos historiadores en el desarrollo del proyecto a fin de garantizar un marco de seriedad y rigor científico

Juan Carlos Morales Manzur

Director del Fondo Editorial

Índice general

Ángel Lombardi: Historiador del presente.....	9
Los estudios históricos de la Universidad del Zulia (LUZ).....	13
La enseñanza de la historia	16
La enseñanza de la historia	18
La historia como ideología.....	28
Historia y cine	30
Historia y antropología	33
Historia y filosofía	35
De historia e historiadores.....	38
Un obrero lee la historia	40
Historia y liberación	42
... y los griegos inventaron la historia	43
La historia, ciencia en construcción	46
Para una teoría de la historia	49
Para una teoría de la contemporaneidad:	54
La incógnita del hombre.....	62
Siglo XIV	70
Bicentenario de la Revolución francesa	75
Razones para ser optimistas ante el futuro	85

Ángel Lombardi: Historiador del presente

El buen historiador confluye siempre hacia dos grandes tentaciones: convertir su reflexión en una interpretación de la cultura e historiar el presente. Los ríos y meandros del acontecer en el tiempo, que el historiador registra, deslinda e interpreta, crean, de manera expresa o secreta, el perfil o la multiplicidad de perfiles de la cultura, a la par que proporciona el ancla del sentido a la fugacidad del presente. Si, como dice Vicente Huidobro, “La vida se contempla en el olvido”, el historiador, como en verdad todo hombre de escritura, opone los signos de la resistencia, lucha a contracorriente con el tiempo, para proporcionar al hombre y su endeble presente un posible espejo de reflejos, de permanencias, de revelaciones.

Ángel Lombardi expone su reflexión en el discurso histórico. Su libro *Introducción a la historia* (1977) ha guiado a varias generaciones, en el amplio campo de la formación docente donde el autor se ubica, situándose en una perspectiva crítica ante los métodos, procesos y estrategias de la historiografía histórica. En *Sobre la unidad y la identidad latinoamericana* (1989), el horizonte histórico es punto de partida para una reflexión sobre la cultura latinoamericana. El historiador alcanza, de este modo, uno de sus hallazgos, una de sus fundamentales obsesiones: la puesta en relieve del tramado complejo de la cultura, del sentido de sus signos, de la multiplicidad de sus perfiles.

En *La catedral de papel*, Ángel Lombardi se acerca a la otra tentación del historiador, quizás la más compleja: escribir la historia del presente.

Compleja tarea, pues no sólo debe alimentarse de la resonancia y el espesor de la historia para iluminar y revelar la multiplicidad de sentidos de la contingencia del presente, sino también exige, en la ceguera inevitable del

fragor cotidiano, comprometerse con su tiempo, en el caudal múltiple y heterogéneo del acontecer: al saber histórico, el historiador del presente debe unir el conocimiento sobre la compleja expresión de la contemporaneidad, y la información sobre el suceder, en su doble vertiente de intrascendencia y de trascendencia. Sabiduría, conocimiento e información confluyen en *La catedral de papel* para presentarnos una crónica de nuestro tiempo.

El cine y la literatura, la religión y la política, la comunicación y la pedagogía, la ciudad y el hombre, el poder y las infinitas posibilidades de la creación, son algunos de los aspectos puestos de relieve por este discurso para hacer visible la significación del hombre en las diversas formas de su contemporaneidad.

El cine, como discurso, y la ciudad, como espacio y prolongación del hombre, se constituyen en referentes privilegiados de la reflexión. Obras fundamentales de la filmografía mundial y venezolana, desde *El acorazado Potemkin*, de Eisenstein, hasta *La oveja negra*, de Chabaud; desde *El huevo de la serpiente*, de Bergmann hasta *Oriana*, de Fina Torres, son reseñadas como horizonte propicio para una interpretación de la cultura.

La reflexión sobre la ciudad, a mi juicio uno de los momentos estelares del libro, permite al autor objetivar las diferentes formas de la contemporaneidad del hombre. “Una ciudad”, señala, “es el triunfo de la historia del ser humano sobre la naturaleza”, y, en efecto, la ciudad moderna que, de Calvino a Lefebvre, es pensada como laberinto e infierno, como albergue y criba de lenguajes, se convierte, en el discurso de Lombardi, en la materialización especial de la comunidad humana, en espacio para el proceso civilizatorio, en la posibilidad de la existencia compartida. Si Shelling pudo decir que la naturaleza es el espíritu objetivo y el espíritu, la naturaleza subjetiva, la reflexión moderna sobre la ciudad nos permite quizás decir que ésta es, a la vez, la objetivación del extravío y de la identidad del hombre contemporáneo. Desde esta perspectiva, Maracaibo es interrogada como enigma e historia, como ciudad en el abismo, herida por las aristas de lo cotidiano, renaciendo diariamente, sin embargo, en la poderosa invención de sus habitantes y, como en una glorificación, en sus poetas y artistas.

Como crónica de nuestro tiempo, *La catedral de papel* interroga, partiendo de filósofos como Teilhard de Chardin o Jacques Maritain, sobre el

papel de la religión en el hombre contemporáneo, su huella en la cultura, su presencia en los pueblos; la referencia a la filosofía se hace, sin embargo, diversa: de los presocráticos a Nietzsche, de Russell a Marx. La política y la literatura, la pedagogía y la eticidad, el poder y la creación, son recurrencias de esta reflexión que, poniendo en evidencia los pliegues de lo real, deslinda, en el corazón mismo de lo contingente, la permanencia, la catedral: *La catedral de papel*.

Víctor Bravo

Los estudios históricos de la Universidad del Zulia (LUZ)

Venezuela tuvo y tiene historiadores importantes; piénsese en R. M. Baralt, Gil Fortoul y M. Briceño Iragorry, entre otros muchos. Nuestra historiografía, sin ser original, ha intentado ser científicamente consistente y útil para el desarrollo de la conciencia nacional. La Academia Nacional de la Historia tiene más de cien años de fundada y una larga lista de realizaciones. En las universidades se vienen desarrollando los estudios históricos, con seriedad y profesionalismo, desde hace más de treinta años en la Universidad Central de Venezuela, la Universidad de los Andes y aquí en la Universidad del Zulia, desde que se creó la Facultad de Humanidades y Educación en 1959. Los estudios históricos mucho han avanzado, como el propio país, pero no lo suficiente, pues como éste, nuestros históricos siguen siendo subdesarrollados, dependientes y marginales.

El desarrollo cultural, científico y profesional marcha paralelo con el desarrollo nacional y, en algunos casos, llega a precederlo. De allí la importancia de las universidades, y de la educación superior en general, al constituirse en impulsores fundamentales del progreso social. El país exige multiplicar y calificar sus recursos humanos en todos los campos del saber y, entre ellos, incuestionablemente se encuentran los estudios históricos a nivel universitario.

En LUZ se empezó con una Licenciatura en Educación, mención Ciencias Sociales. La formación histórica que se impartía era de tipo general/informativa y estaba orientada básicamente a la docencia. Coincidiendo con la renovación universitaria de 1969 y la existencia de egresados con postgrado en historia, se planteó la posibilidad de una carrera de historia más profesional y más orientada a la investigación.

Aprovechando el llamado Plan 70, se monta una carrera de historia más definida, aunque todavía limitada y mediatizada, tal como se refleja en el título a otorgar: Licenciado en Educación, mención Ciencias Sociales, área Historia. Nuestra situación actual es de virtual estancamiento de los estudios históricos en la región, a pesar de los avances indiscutibles y, lo más importante, habiéndose logrado formar un equipo profesional de primera categoría de acuerdo con los niveles que nuestro medio permite. Fundadores y egresados hemos estructurado un equipo idóneo y, sobre todo, con ganas de avanzar y hacer progresar los estudios históricos en LUZ.

De allí nuestro planteamiento en tomo a una escuela de historia o de una estructura académica que permita alcanzar el mismo fin: un egresado universitario en historia de acuerdo con las exigencias de una verdadera carrera universitaria en esta disciplina. Este tipo de profesional es hoy más necesario que nunca: como memorialista, en la conservación, interpretación y validación del pasado; como concientizador de la colectividad, a partir de la propia memoria colectiva, de su historia, cultura y tradiciones; como agente propulsor de la identidad nacional, particularmente importante en un país como el nuestro, profundamente distorsionado y desnacionalizado.

Este historiador permitirá, además, acometer diversas tareas de las que el país está urgido: la investigación y el postgrado en la región, dándole apoyo adecuado a los estudios y trabajos de historia regional que se han emprendido y, por otro lado, permitiría trabajar en la elaboración de una didáctica de la historia que, definitivamente, haría posible revalorizar los estudios históricos a nivel escolar. Maracaibo, el Zulia y el propio país exigen que LUZ se aboque a desarrollar este nuevo profesional que asuma, con plena responsabilidad y capacitación, su función primordial: darle un sentido coherente y progresivo a nuestra evolución histórica de pueblo.

El desarrollo de los estudios históricos, entre nosotros, es un imperativo categórico. Crear la escuela de historia o algo equivalente es un acto de justicia. La Facultad de Humanidades y Educación, la Universidad del Zulia, tienen el compromiso de continuar desarrollando estos estudios que hoy se encuentran represados en una estructura académica anacrónica e inconveniente.

Desarrollo histórico y desarrollo de la historia marchan paralelos. El

filósofo J. D. García Bacca sostiene que en el clima intelectual de nuestra época, la historia, después de la ciencia y la técnica, representa la preocupación fundamental del hombre contemporáneo. Es deber nuestro contribuir al desarrollo de la historia, no ya por simple afán de conocimiento y comprensión, sino conjuntamente con la ciencia y la técnica, para ayudar a transformar la realidad en aras de la liberación plena de la humanidad. En Venezuela, la historiografía sigue adoleciendo de empirismo, muchos de nuestros historiadores no pasan de ser buenos aficionados, ni hablar de la historia que se enseña en las aulas de clase, superficial y anecdótica, cuando no francamente distorsionadora de la realidad y de nuestro proceso histórico.

Tanto la historiografía como la enseñanza de la historia siguen de espaldas al portentoso desarrollo de la historia como disciplina científica. Ésta, en los últimos cincuenta años ha adquirido rango equiparable a cualquier otra disciplina en el campo de las ciencias sociales. Como dice Pierre Vilar, la historia es una ciencia en construcción; una ciencia en elaboración que postula y ha logrado, teórica y metodológicamente, rigor y solidez científica incuestionable. Este desarrollo científico ha sido posible gracias a la condición de disciplina universitaria que ha adquirido la historia en el mundo entero. En LUZ no podemos seguir ignorando tal situación.

El desarrollo nacional y el desarrollo de los estudios históricos marchan paralelos; sobre estas premisas descansa la necesidad imperiosa de crear una escuela de historia en LUZ. Necesidad social y recursos humanos disponibles, posibilitan en nuestra universidad profesionalizar los estudios históricos. No hacerlo, más que miopía, es estupidez.

La enseñanza de la historia

En los últimos tiempos ha vuelto a discutirse sobre estos temas; particularmente Arturo Uslar Pietri ha llamado la atención sobre la crisis que aqueja a la enseñanza de la Historia de Venezuela, en nuestras escuelas y en el ciclo básico. Se alarma y alerta sobre los peligros de convertirnos en un país sin historia: “la Historia de Venezuela se encuentra en vías de desaparecer de la escuela venezolana. Venezuela se quedará sin historia, poblada por hombres formados para el mero presente y sus debates, sin noción del pasado ni sentido de continuidad, ni de pertenencia histórica” (*El Nacional*, 5 de agosto de 1984, “Venezuela sin historia”). En otro artículo insiste sobre el tema (*El Nacional*, 2 de septiembre de 1984, “Historiadores y políticos”), critica la historia politizada y manipulada, acepta el debate de los historiadores, pero fuera de la escuela; niños y jóvenes no tienen porqué participar de estas discusiones; la historia escolar tiene que ser objetiva (?), apolítica, acrítica, lineal, cronológica y memorizada. Más adelante agrega “de la historia para conocer el pasado del mundo se ha pasado, peligrosamente, a la historia como mecanismo para cambiar el estado del mundo”. Hasta aquí estamos de acuerdo con el doctor Uslar sobre la necesidad del debate sobre esta materia; obviamente discrepamos en todo lo demás, por cuanto nuestra concepción de la historia es diferente y precisamente aquí es donde debe comenzar el debate, nada hacemos con teorizar sobre cómo enseñar si previamente no establecemos qué enseñar. Frente a la historia caben múltiples posturas que pueden sintetizarse de la siguiente manera: 1) Es la historia un puro azar, infinita e indefnida, como dice J. L. Borges, que no nos conduce a ninguna parte y que posibilita múltiples interpretaciones, todas subjetivas y parciales, política e ideológicamente manipuladas. 2) El sentido y fin de la historia es el autodesenvolvimiento de la razón, en aras de la libertad y el progreso o bien del socialismo y de la sociedad sin clases.

3) La historia tiene su origen y su fin en una metahistoria, el advenimiento de Cristo, el fin de los tiempos, etc... Cualquiera de estas tres posturas es válida y la combinación de todas ellas ha conducido a un sinnúmero de concepciones y filosofías de la historia. En consecuencia, para nosotros es fundamental que se defina la concepción de la historia que el Estado y la sociedad quieran proyectar.

¿Tiene el Estado venezolano una filosofía de la historia? De tenerla, es conveniente que la imponga más allá del pluralismo de nuestra sociedad. De hacerlo, sería totalitarismo y aquí es donde el doctor Uslar incurre en flagrante contradicción, al pretender una enseñanza oficial, acrítica y apolítica, rechazando la historia como propaganda e ideología que “pretenda servir una tesis particular y para inculcar conceptos que favorezcan una posición social y política”. Al proponer una enseñanza oficial de la historia, impuesta desde arriba, ¿no está acaso el doctor Uslar favoreciendo una cierta estructura social de dominación? Entonces la historia a enseñar se convertiría en una simple apuntaladora del *statu quo*, ideología y propaganda de un estado de cosas, una tesis particular, a favor de una posición social y política. En este sentido, el doctor Uslar estaría avalando una concepción totalitaria de la historia, y no hay edad mejor para lograrlo que durante la infancia y la juventud.

La historia que se enseña nunca es neutral, y el niño y el joven tienen derecho a ser informados de todas las concepciones historiográficamente fundadas en la investigación y la ciencia; la verdad nunca es dañina y es la única posibilidad para desarrollar seres libres. La historia en la cual nosotros creemos es liberadora y humanista, al servicio de conciencias humanas libres y críticas; de allí la utilidad de la historia, tal como nosotros la entendemos, como presente-vida. La historia siempre es contemporánea nos recuerdan E. Croce y H. Pirenne y toda la escuela francesa contemporánea (Bloch, Febvre, Braudel), y tantos otros historiadores nos dicen con énfasis que el pasado, en cuanto tal no nos interesa, es cosa de anticuarios (como dice la Biblia, que los muertos entierren a los muertos); el historiador debe interesarse por lo real-presente, entendido como una dialéctica del pasado-futuro para ayudar a construir una nueva historia como memoria de la esperanza, de todos los hombres y, particularmente, de los humillados y ofendidos de la tierra.

La enseñanza de la historia

Consideraciones generales

I. ¿Qué enseñar y cómo enseñar?

Hace muchos años un ilustre venezolano, Isaac Pardo, escribió un hermoso libro sobre nuestro siglo germinal, el siglo XVI, titulado *Esta tierra de gracia*, angustiado y herido en su sensibilidad de padre y de venezolano, al advertir la aridez con que era enseñada la historia en nuestras escuelas.

Transcurrido el tiempo, esta enseñanza permanece anclada en su aridez y la historia se sigue enseñando en escuelas y liceos como una asignatura anti-pática e impopular, plagada de fechas y datos inútiles, además de anacrónica y anticientífica.

La enseñanza de la historia, al igual que nuestra historiografía, ignoran por completo el extraordinario desarrollo de los estudios históricos en los últimos cincuenta años; estudios vinculados al desarrollo de las ciencias sociales que han permitido elaborar toda una ciencia de la historia, como una verdadera nueva historia: “ciencia en construcción”, “ciencia en elaboración”, según el decir de Pierre Vilar, que postula y ha logrado un conocimiento histórico suficientemente objetivo y con un rigor teórico-metodológico equiparable a cualquier otra disciplina científica en el campo de las ciencias sociales.

Nuestra enseñanza de la historia gira en el ámbito de la historia universal, en un eurocentrismo tan anacrónico que los propios europeos están renunciando a él; y en la dimensión de la historia nacional, ésta se ha particularizado tanto en ciertas etapas, al igual que se ha oficializado de tal manera, como asignatura de la nacionalidad, que ha renunciado a sus posibilidades científicas y teóricas más importantes.

Si bien es cierto que la enseñanza de la historia surge en el siglo XVIII, ligada estrechamente con la fe y la prédica del estado-nación, hoy esto ya no es verdad, en la misma medida que el estado-nación ha sido relegado al pasado por las nuevas realidades de la historia.

Lo difícil no es enseñar la sucesión de acontecimientos, sino estructurar un conocimiento científicamente válido de la realidad histórica.

Entre la multiplicidad casi infinita de hechos y testimonios que los seres humanos han dejado tras de sí, ¿cómo seleccionar para la enseñanza los más adecuados? ¿Cómo y quién determina esta selección? ¿El Estado, la sociedad, la escuela, el maestro? Nosotros creemos que, esencialmente, es la propia historia, como disciplina científica que, de acuerdo con su desarrollo y evidencias, debe plantearse sus objetivos en la enseñanza.

Dos preguntas deben formularse: ¿Qué enseñar? ¿Cómo enseñar? Enseñar historia a niños y jóvenes es reivindicar la vieja definición ciceroniana: “la historia como maestra de la vida”; pero igualmente es necesario entender la historia como una teoría científica de la realidad total en donde el ser humano individual y social, en su devenir, es la referencia obligada, es decir, su historicidad; de allí que la historia es humanista o no lo es. Un humanismo histórico concreto, expresión y reflejo de la aventura humana por la hominización, es decir, la lucha permanente por la libertad y la justicia; desterrando todo etnocentrismo y reivindicando el pluralismo cultural.

Cada pueblo, cada sociedad, deben ser conocidos y reivindicados en sus orígenes, tradiciones y cultura, sin prejuicios etnocéntricos ni axiologías (valorizaciones y juicios de valor) descalificadoras.

La historia es crítica y liberadora, o no es. De allí que subleva verla reducida a una religión cívica oficial: etnocéntrica, particularista y subjetiva.

La responsabilidad no recae en el educador, aunque éste no es ajeno al empobrecimiento y estancamiento de la asignatura, sino en el Estado: la Constitución Nacional, la Ley de Educación, el Plan de la Nación, etc., que al establecer determinados fines y objetivos educativos, condiciona y mediatiza este tipo de asignatura hacia una orientación oficial y patrioterista.

La enseñanza de la historia tiene que ser rescatada y colocada a la altura científica que la disciplina ha alcanzado. De allí que el planteamiento

global tiene que ver con la totalidad del sistema educativo como aparato ideológico.

¿La educación como liberación o como opresión? Éste es el dilema. La enseñanza de la historia es una pieza más en esta ideologización (enmascaramiento) de la realidad. Pieza importante por donde se podría comenzar el cuestionamiento y el desmontaje del aparato educativo como sistema de alienación.

La escuela tiene que ser transformada y hay que comenzar por “educar al educador”. En esta dirección es vital el papel de la universidad a través de sus departamentos y escuelas de historia. Se hace necesario reconciliar el aprendizaje que se recibe en la universidad con lo que se enseña en escuelas y liceos. Acabar con la actual contradicción en que incurren o son sometidos nuestros egresados, entre la enseñanza universitaria que se recibe, pretendidamente crítica y científica, y lo que se enseña en escuelas y liceos de acuerdo con los objetivos y programas establecidos.

Más que teorías científicas de la historia se enseñan o deforman diversas interpretaciones historiográficas. De allí la importancia, para el maestro y el profesor, a la par con su formación teórico-metodológica, de lograr el manejo crítico de las fuentes historiográficas.

La historia que se enseña sigue siendo, en lo esencial, la llamada historia tradicional o “de acontecimientos”, en donde prevalecen lo heroico y lo individual; historia eminentemente política y anecdótica, eurocéntrica y europeísta, anclada en la vieja cronología (edad antigua, edad media, edad moderna y edad contemporánea); un tiempo histórico estructural y orgánicamente discontinuo, anclado en un pasado muerto y en donde sistemáticamente se rehúye la contemporaneidad. Historia aséptica, neutral, acrítica y anticientífica. De allí que la historia escolar y cierta historia académica, sean percibidas como algo ajeno e inútil.

La historia es presentada y enseñada como una epopeya, una narración más vinculada al discurso literario que al quehacer historiográfico de vanguardia; una historiografía que ensaya nuevos métodos, explora nuevas vías, integra disciplinas diversas y desarrolla un revisionismo necesario.

La historia escolar ha sido sometida a un proceso reduccionista, ha sido

particularizada al máximo, se enseña el dato por el dato y se gira en torno a un etnocentrismo estrecho. Hemos creado una verdadera fe histórica, una religión y una iglesia bajo la denominación de historia. Hemos creado tipologías y arquetipos locales al servicio de la patria, la nación o el estado. Se han mezclado intereses con ilusiones; se han creado nuevos mitos (la historia conjuntamente con la televisión y el cine son los principales hacedores de mitos en nuestro tiempo) y se ha rechazado sistemáticamente la verdad histórica, al desterrar de nuestros textos (en su mayoría textos mercenarios así como bibliografías manipuladas, unilaterales, parciales y restrictivas) los aportes historiográficos obtenidos por la ciencia de la historia, especialmente en los últimos cincuenta años.

La historia escolar tiende a reproducir, con todos sus defectos y excesos, la visión nacionalista de la historia, parroquial y provinciana, constituyéndose en un anacronismo sin excusa en una época y un mundo contemporáneo, por definición interdependientes y solidarios en todo el planeta. Cada vez las historias europeístas y nacionales tradicionales satisfacen menos, de allí que la historiografía contemporánea se oriente hacia otros campos y explore nuevas vías.

¿Cómo enseñar?

Si en el qué enseñar es inexorable el mandato de la historia-ciencia; en el cómo enseñar, es inevitable la dictadura del educando. Su edad y condición socio-cultural determinarán el cómo enseñar, aunque puedan existir algunos principios psicopedagógicos de aplicación general.

Durante mucho tiempo se creyó que la historia era inaccesible al niño, ya que es esencialmente historia de adultos y el niño carece de la experiencia necesaria para comprenderla; afortunadamente, esta tendencia ha sido superada y hoy se han valorizado al máximo ciertas características infantiles (imaginación, emotividad memoria, interés por la vida real) como recursos importantes en el aprendizaje histórico.

Mientras menor sea la edad del educando, mayor hincapié debe hacerse en la enseñanza audiovisual, una enseñanza eminentemente gráfica y concreta.

Hasta los diez años aproximadamente (ver en Piaget y otros el concepto de tiempo y espacio en el niño), el niño tiende a visualizar su entorno y a

través de los diversos datos de la realidad, en donde prevalece la información sobre la interpretación, va familiarizándose e internalizando su espacio histórico, una percepción eminentemente sensual (visual, auditiva, olfativa, etc.) más que intelectual.

Imaginativo y sensible, el niño es dúctil y propicio a desarrollar el hábito de la lectura, siempre y cuando ésta tienda a satisfacer esencialmente esa imaginación y esa sensibilidad; esto se logra cuando la referencia inicial sea siempre la propia contemporaneidad.

La literatura es fundamental en la formación histórica de nuestro estudiante. Churchill decía que él había conocido la historia de Inglaterra a través de Shakespeare. La prensa diaria es un auxiliar extraordinario para el educador, si se orienta la lectura adecuada de la misma. Se le debe empezar a instruir en el uso adecuado de los medios de comunicación; es necesario convertir en realidad los principios de la educación permanente, así como el de la ciudad educativa. No habrá otra etapa tan importante como ésta de los primeros años para cumplir con la exigencia del aprender a ser, y en ello la enseñanza de la historia juega un papel fundamental para formar o deformar; de allí que la responsabilidad del enseñante de historia se acrecienta en la formación del individuo en estos primeros años de su vida.

A medida que avanza en edad el educando (en sentido general, la adolescencia), la enseñanza de la historia debe irse orientando hacia las diversas interpretaciones y explicaciones científicas que se han ido elaborando sobre la realidad histórica.

Ir de lo simple a lo complejo, ampliándose lineal y concéntricamente las explicaciones. En vez de la historia lineal, segmentada y trunca, hecha de compartimientos estancos, proponemos el llamado método regresivo o retrospectivo. Partiendo siempre de la propia contemporaneidad, es necesario proporcionar una visión totalizadora de la realidad captada en toda su complejidad y dinamicidad.

El niño y el joven viven acuciantemente una necesidad de identidad; esta búsqueda existencial puede ser apoyada por la enseñanza de la historia en la medida que la historia se presente como un vasto movimiento colectivo en equilibrio inestable con su tiempo y espacio; tanto los pueblos como los seres humanos necesitan reconciliarse con ellos mismos, con la propia rea-

lidad social, con la naturaleza toda; si un objetivo puede plantear la historia es la conquista de una perfectibilidad progresiva, material y espiritual, de la cadena biogenética que configura la humanidad en la perspectiva de un evolucionismo orgánico profundamente libertario y humanista. El hombre, como hacedor de cultura y protagonista de la historia, es una de las ideas a demostrar e inculcar. O tenemos fe en la historia o ésta no puede ser enseñada. Con mente abierta y crítica y con corazón generoso, como dice L. Febvre, “hay que formar hombres capaces de situarse en su justo lugar en el conjunto de las generaciones”.

Es necesario que el “conocimiento del pasado” se extienda, no como algo ajeno y externo a nosotros mismos, sino como una toma de conciencia que nos permita ubicarnos en el proceso histórico, entendido como una cadena biológico-genético-social.

Conciencia, identidad, compromiso, son objetivos fundamentales en la enseñanza de la historia; a la manera de los viejos sofistas griegos, o como más recientemente lo expresara el Che Guevara, “por mi condición de hombre nada de lo humano puede serme indiferente”. Hay que desarrollar entre los seres humanos el parentesco de los ideales y las esperanzas colectivas.

Ningún recurso puede sustituir las vivencias directas. La historia empieza y termina en la realidad; por consiguiente, la enseñanza debe partir siempre de lo real y más inmediato a la experiencia del alumno.

Los programas tienen que ser sintéticos y flexibles; el maestro y el profesor deben siempre motivar a partir de experiencias e intereses concretos del alumno; éste es, en definitiva, quien orientará los programas. El maestro se limitará a cumplir los objetivos que se desprendan de la especificidad psicológica y sociocultural de su alumno y la cientificidad de la historia como disciplina.

II. Historiografía y enseñanza de la Historia

No hay nada más fecundo para el historiador y para el que es profesor de historia que la formación y reflexión historiográfica. ¿Qué se ha escrito y cómo se ha escrito la historia?, y estrechamente vinculada, ¿cómo se ha enseñado la historia?

La historicidad de nuestra disciplina es un campo fértil de investigación, necesario para desarrollar algunas conclusiones sobre el tema en discusión.

Como disciplina europeísta y europeizante, la historia entre nosotros se constituye sobre el modelo y la evolución de la historia en Europa.

Comienza siendo, esencialmente, un arte y una literatura. Una historia narrativa llena de magia y de mitología, inspirada en una tradición literaria americana, especialmente en los llamados cronistas y viajeros de Indias, sin base documental y con un aparato teórico influido directamente en las corrientes filosófico-literarias europeas a la moda. Lo más cercano a la objetividad histórica en estas obras, era la descripción geográfica y etnológica, la intuición acertada de algunos hechos y algunas interpretaciones caracteriológicas; a manera de ejemplos se pueden citar: *La historia*, de Oviedo y Baños; la de Bello y la de Baralt y Díaz.

Entre los siglos XVII y XVIII surge en Europa la crítica histórica y la llamada historia filosófica, como consecuencia y expresión de la expansión mundial europea, que precede y anuncia al romanticismo y al positivismo, teorías decimonónicas, expresión y reflejo del auge y hegemonía del estado nacional. Ambos movimientos, de enorme proyección e influencia en nuestros países, se combinan para legitimar el estado nación, y a la clase que dirige y encarna el proceso: la burguesía (la historia siempre la escriben los vencedores y es la versión oficial la que se extiende a la enseñanza).

Esta historiografía crea una entelequia histórica: el pueblo, y lo adorna con los colores locales, regionales y nacionales, hasta formar el mito de la identidad y la nacionalidad, en nombre de las cuales las diversas burguesías nacionales explotan y se enriquecen a costa de las grandes mayorías; irónicamente, el verdadero pueblo es el gran ausente de estos textos oficiales.

Surgen los mitos de las razas superiores y el espacio vital: lengua, tierra y sangre se constituyen en la trilogía que pretendidamente motorizan la historia, que explican todo el proceso humano; avalan y justifican toda explotación y toda violencia.

Nuestra historiografía recorrerá los mismos cauces bajo la inspiración e influencia de estas peligrosas y parciales teorías que, oficializadas, penetrarán en las escuelas para fundamentar el culto a la patria y a los héroes, legitimando el poder y la riqueza de los nuevos amos de la república, quienes en nombre del pueblo y la patria, codiciosamente acrecentaron sus patrimonios.

Nuestra historia escolar era convertida en una verdadera “pedagogía del ciudadano” conformista y servil.

La historia se institucionaliza y adquiere respetabilidad y preeminencia: la Academia de la Historia, la Sociedad Bolivariana y con ella cierta historiografía adquiere rango de versión oficial.

Se crean las versiones oficiales y las bibliografías oficiales; nuestros maestros y alumnos, a través de los programas escolares, son enrolados en este culto histórico de la identidad, de la nacionalidad y de la patria. Versión parcializada simplista de una realidad nacional que es escamoteada en su dimensión más real, en aras de unos intereses neocoloniales verdaderamente desnacionalizadores.

La otra historiografía, la revisionista, la que está teórica y metodológicamente al día, la universitaria, la de orientación marxista y neomarxista, la de un valor científico incuestionable, no logra penetrar el santuario escolar.

Como dice G. Carrera Damas, “la carga crítica y renovadora contenida en la obra de varios destacados historiadores permanece como enquistada y trasciende poco y tardíamente al campo de los estudios históricos”; “este aislamiento prolongado entre los productos de la investigación y los estudios históricos responde a vicios desesperantes pero en extremo difíciles de erradicar”; “estas consideraciones nos han llevado a creer que la renovación de nuestros estudios históricos habrá que buscarla, durante una primera y larga etapa, en la transformación de la enseñanza de la historia”.

III. El método retrospectivo

Sin pretender ser exhaustivos, sino apenas apuntar en una dirección que sugerimos explorar y experimentar, recomendamos el método retrospectivo como el más apropiado por el educando, especialmente los jóvenes, así como el que responde mejor al sentido y naturaleza de la historia.

Nos dice Marc Bloch: “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente”... “en verdad conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado”.

Agrega otro autor: “de la misma manera que la investigación histórica ha procedido partiendo del presente y retrocediendo hacia el pasado, la enseñanza de la historia ha de seguir el mismo camino”.

El joven es un adulto en ciernes que vive la realidad como problema; interrogándola y en confrontación con ella, desarrolla un interés vital por el presente; obsesivamente trata de comprenderse y de comprender su entorno, social e histórico. Su comprensión del pasado es siempre a partir de su contemporaneidad. Como dijera B. Croce: “la historia siempre es contemporánea”, al igual que es cierta la afirmación “cada generación necesita reescribir la historia”, de allí que la historiografía no sólo expresa doctrinas, filosofías, ideologías e intereses diversos, sino que es definitivamente hija de su tiempo.

El presente es el tiempo referencial, ineludiblemente necesario, para toda indagación, estudio y enseñanza de la historia.

Nuestro mirador histórico siempre es el presente; somos un eslabón de una larga cadena histórico-evolutiva, pero al mismo tiempo somos culminación e inicio de etapas y procesos indetenibles. La dinámica de la historia tiene por eje siempre el presente; el pasado es incomprendible sin éste y el futuro no es más que proyección de nuestro presente.

El tiempo histórico: etapas, cronologías, coyunturas, no es más que la confluencia dinámica, estructural, orgánica, dialéctica, de un pasado y un futuro que se concretizan y definen en un eterno y movable presente.

Solamente desde este presente, conocemos y comprendemos. No otras cosas es la llamada conciencia histórica, una aquí y ahora que resume siglos y genera siglos. El adolescente tiene hambre de presente, porque sabe o presiente que allí se juega su futuro; el joven exige que se le ayude a convertirse en contemporáneo de sí mismo, una contemporaneidad asumida conscientemente, porque todo ser humano tiene derecho a convertirse en “testigo del presente y profeta de lo porvenir”.

Instintivamente, el joven rechaza el pasado como cosa muerta, de allí el fastidio frente a la historia que usualmente se le enseña y la impopularidad y descrédito de estas asignaturas; podría decir, como en la Biblia, “que los muertos entierren a sus muertos”.

Si bien la historia “es el conocimiento del pasado”, éste tiene que ser

aprehendido en función de lo que está vivo. Nos identificamos con la expresión de H. Pirenne: “si yo fuera un anticuario sólo me gustaría ver las cosas viejas. Pero soy un historiador y por eso amo la vida”. Principio que recogerá la llamada escuela de los Annales (Bloch, Febvre, Braudel, etc.), y que sintetizarán en la fórmula “historia-vida”.

No tenemos la menor duda sobre la pertinencia y viabilidad del método retrospectivo, aunque no ignoramos las dificultades de su aplicación, no siendo las menores los hábitos mentales de educadores y educandos y la inercia de una pedagogía de la fecha y el dato histórico aislado, de la memorización cargante y empobrecedora, del enciclopedismo retórico que a nada conduce.

El método retrospectivo exige, de hecho, un nuevo tipo de educador, mejor formado, con vocación y disciplina de trabajo, definitivamente comprometido con la ciencia y el compromiso social.

La inquietud no es nueva (no queremos contribuir a desarrollar una nueva moda teórica, por simple afán de novedad, cosa a la cual somos tan afectos los latinoamericanos, especialmente en los medios académicos), aquí en América Latina se vienen manejando estas ideas desde los años 50; así vemos cómo en el año 1954, en un Seminario de Enseñanza de la Historia llevado a cabo en San Juan de Puerto Rico “se recomienda que algunos países acometan por vías de experimentación la enseñanza retrospectiva integral de la historia”.

En Buenos Aires, en 1968 se realizó el “Primer Simposio sobre Enseñanza de la Historia Argentina y Americana”, aprobándose en la Comisión de Metodología la siguiente moción: “Propiciar las experiencias sistemáticas del uso del método retrospectivo o regresivo, a partir de hechos actuales, por considerarlo de gran importancia en la motivación pedagógica y para lograr que la historia sea efectivamente un instrumento adecuado para la comprensión de la realidad actual”.

El filósofo J. D. García Bacca sostiene que en el clima intelectual de nuestra época, la historia, después de la ciencia y la técnica, representa la preocupación fundamental del hombre contemporáneo. Es deber nuestro contribuir al desarrollo de la historia, no ya por simple afán de conocimiento y comprensión, sino conjuntamente con la ciencia y la técnica, para ayudar a transformar el mundo en aras de la liberación plena de la humanidad.

La historia como ideología

Volvemos sobre el tema de la enseñanza de la historia. Según nuestra tesis, lo que se enseña con este nombre en la escuela es, fundamentalmente, ideología, es decir, una visión particular y etnocéntrica de la realidad, con el fin de proyectar y avalar una visión oficial del pasado y, por ende, del presente. Esta historia escolar no es más que la ideología oficial del estado o, según el caso, de la iglesia, el partido y en definitiva de los sectores dominantes.

Esta historia-ideología es, básicamente, la historia de los vencedores, el desarrollo de la epopeya oficial, la versión autorizada que permite justificar todas las dominaciones y supremacías del presente. De allí que este tipo de historia sea, por definición, parcial e incompleta. La otra historia, la de los derrotados y explotados, es relegada al olvido o es víctima de la manipulación sistemática; apenas subsiste en la memoria colectiva y en la tradición oral. La historiografía vive sumida en esta contradicción, aunque con un predominio neto de la visión conservadora de la realidad. La nueva historia, si es verdad que la historia es una ciencia en construcción, deberá surgir del rescate de esta otra memoria.

Igualmente se ha dicho que la historia siempre es contemporánea; nos dice más sobre la ideología y la época del historiador que sobre el tiempo pretendidamente historiado; el gran historiador alemán T. Mommsen, en su recreación de la figura de Julio César, tiene más presente a Bismarck que la biografía de César.

El historiador, mitómano y mitógrafo, destructor y creador de mitos, la mayoría de las veces inventa o recrea el pasado a partir de sus obsesiones y de sus intereses; en este sentido, la historia es más literatura que ciencia, pesada herencia que entre nosotros sigue conspirando en contra del cabal desarrollo de la historia como ciencia. La historia está muy lejos de haber

alcanzado la objetividad y un nivel adecuado de científicidad, de allí que somos más una disciplina en proyecto que una ciencia en elaboración, y domina la tendencia a absolutizar un método y a dogmatizar las conclusiones. Los hallazgos y conclusiones del historiador casi siempre son apriorismos para avalar su propia ideología, a pesar del fetichismo del documento y de la escrupulosidad técnico-metodológica.

Independientemente de su vocación científica, nos dice el historiador Marc Ferro, la historia tiene una doble función: terapéutica y militante; nos ubica en el mundo a partir de una autovalorización, al mismo tiempo que nos confronta con los demás, desvalorizándolos de antemano. Cada país, cada región, cada clase, cada grupo social, tiene su particular versión de la historia, coloreada siempre favorablemente. La historia, así entendida, se convierte en un mecanismo de defensa y de autocompensación. Cada sociedad posee una imagen de su pasado y aspira a perpetuarla, de acuerdo con los intereses de los sectores dominantes. La historia se convierte, de esta manera, en infinita e indefinida, diversa y contradictoria, en donde la realidad es asumida apriorísticamente de acuerdo con una concepción de la historia dominante: la historia universal existe en cuanto visión europea de la historia del mundo. La historia nacional es paralela al desarrollo del estado-nación, y así cada historia particular, enseñada a nivel escolar, no es más que la ideologización interesada de la realidad, muchas veces inevitable, pero a la larga perjudicial para el desarrollo de conciencias críticas y libres.

Historia y cine

Danton y Robespierre, una extraordinaria película del director polaco A. Wajda. Como documento retrospectivo, como interpretación histórica y política de la revolución francesa, como reflexión crítica sobre la democracia y la dictadura.

La historia de la humanidad es una historia de violencia y trabajo; se construye y se destruye y una revolución es su mejor símbolo; las mejores esperanzas y los mayores desafueros van de la mano.

En la película, los héroes están humanizados y rescatados en su cotidianidad, con sus miserias y grandezas.

Los héroes revolucionarios, salvo algunas excepciones, son personajes trágicos; la revolución los engendra y los aniquila, así fue con Danton y así será con Robespierre, aliados ayer, enemigos hoy, es el sino de la política, cada uno con su ambición, su misión, su fanatismo, sus intereses.

Triunfante la revolución sufre las acechanzas de sus enemigos, de los desplazados, de los resentidos, de los impacientes. El terror se impone para salvar la revolución, para salvaguardar el nuevo poder, para sobrevivir; así lo entiende Robespierre, con su racional y fría voluntad revolucionaria, con su insobornable e incorruptible fanatismo, con su despiadada crueldad. Su antagonista, viejo compañero revolucionario, es Danton, espontáneo, avasallante, primario, idealista, con una fe ciega en sí mismo, líder popular, con una fe absoluta en el pueblo, en la revolución, palabra sacralizada, mito y utopía.

El film de Wajda se convierte en un descarnado documento político contemporáneo, lúcido y crítico y, si se quiere, pesimista sobre las miserias de los procesos políticos, sus excesos y desbordamientos.

El tiempo de la utopía y de los héroes siempre es seguido por el tiempo

del temor y el tiempo de los burócratas y funcionarios. El héroe se convierte en víctima o victimario y la revolución, inexorablemente, es heredada por los oportunistas y los comerciantes.

Marat, Danton y Robespierre, trilogía trágica, sacrificados en la vorágine de la violencia revolucionaria. Marat muere en un atentado, los otros dos, guillotinado; los tres en nombre de la libertad y el pueblo. Siempre se ha asesinado en nombre de abstracciones.

El pueblo, el gran ausente, de la historiografía, en la película tiene una presencia permanente, como interlocutor de los protagonistas a la manera del coro en las tragedias griegas.

Robespierre, lector de Racine y Corneille, de Voltaire y Rousseau, se consideraba discípulo de este último y se asumía como un honesto y leal amigo del pueblo, dispuesto a los mayores sacrificios y a cometer las mayores atrocidades. Una cierta crítica histórica psicologista nos lo presenta como un resentido social y un ambicioso. No cabe duda de que ambicionó el poder, pero lo racionalizó a través de una sentencia de Rousseau: "Si el peligro es tal que el aparato de las leyes constituye un obstáculo para defenderse del mismo, nómbrese un jefe supremo que reduzca las leyes al silencio y suspenda por un momento su autoridad soberana". Robespierre creía en eso, y en la necesidad de salvar la revolución a través de una voluntad única, y así lo expresa y propone su aliado político y seguidor Saint Just: "En toda revolución es preciso un dictador para salvar el estado por la fuerza o unos censores para salvarlo por la virtud". ¿Conocería Bolívar estas opiniones?

Danton se opuso a tales designios; espontáneo y populista, demócrata empecinado, se enfrentará a los aspirantes a tiranos y dictadores y perderá. ¿Perdió definitivamente?

Wajda logra en su película humanizar a estos héroes de las historias oficiales y les insufla nueva vida y, lo que es más importante, autenticidad existencial (la actuación es formidable), legándonos un extraordinario testimonio cinematográfico de la historia.

La película cautiva nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, nos retrotrae al pasado, pero algo mucho más importante, nos habla de nuestra época, de problemas de hoy y de siempre, sin ser un film de tesis, nos plan-

tea una tesis fundamental, la historia pendular, la dialéctica trágica entre democracia y dictadura, tan amenazadoramente real en América Latina y en Venezuela.

La libertad siempre está amenazada y éste es un combate que nunca termina.

Historia y antropología

Al principio fue el aire y el fuego, el agua y la tierra, después la naturaleza y el ser humano. La historia es memoria de la tierra y del hombre.

La conciencia del tiempo y la obsesión por los orígenes comienza siendo mítica y religiosa; con posterioridad intenta ser científica. Primero fueron los poetas y los historiadores, después los naturalistas y los físicos. “El pasado me reveló la construcción del futuro... los grandes comienzos... el futuro en devenir” (Teilhard de Chardin).

El hombre hace su aparición hace cinco millones quinientos mil años y las primeras evidencias culturales se remontan a dos millones seiscientos mil años (Birdsell, 1972, y Lasker, 1975); hipótesis amplia y cronología incierta, son los comienzos de la historia que la arqueología ha ido rescatando para nosotros.

La arqueología es la memoria ancestral, la memoria más antigua de los primeros grupos humanos; es la recuperación de restos materiales, testimonios y huellas tangibles, de una cultura y una sociedad, sobre la que es más lo que no sabemos que lo conocemos, pero que igualmente nos habla y se comunica con nosotros, enriqueciendo ese diálogo necesario entre el presente y el pasado, entre la historia y la identidad.

La arqueología es historia de larga duración, de espacios cronológicos amplios, que intenta recuperar los orígenes del hombre, en su dimensión cultural, a partir de espacios geográficos delimitados, así como determinar el comportamiento social del grupo humano estudiado.

El hombre comienza siendo naturaleza, historia inconsciente la llamó Marx, parte del paisaje, hasta que comienza a modelarlo a su imagen y semejanza, de acuerdo con sus necesidades (cultura) y posibilidades (civilización).

La historia de los pueblos comienza siendo arqueología, vestigios culturales milenarios recuperados, no tanto como elementos de un proceso, sino

como parte de un todo social.

El ser humano es histórico por definición, situado, comprometido, transformador. Su único tiempo real es el presente, el instante nietzscheano, punto de encuentro de dos eternidades, pasado y futuro. Filosóficamente hablando, la historia sólo puede ser periodizada en dos tiempos: antigüedad y contemporaneidad.

La noción de antigüedades es griega, redescubierta por los renacentistas y utilizada ampliamente por los modernos. Especialmente a partir del siglo XVIII (1748, rescate arqueológico de Pompeya), éstos se han dedicado con afán y perfección creciente a “desenterrar el pasado”, definición literal de la arqueología: “historia de la actividad humana siempre que los actos hayan producido resultados concretos y dejado indicios materiales reconocibles” (Gordon Childe).

La arqueología ha ampliado el horizonte histórico, a la manera del telescopio para la astronomía y el microscopio para la biología, “ha centuplicado el espacio retrospectivo a disposición de la historia”.

Se empezó a hablar de prehistoria y se empezaron a elaborar cronologías de duración milenaria. J. C. Thomsen, en 1836, ordenará el material del Museo Nacional de Antigüedades Prehistóricas de Copenhague, en tres edades sucesivas: edad de piedra, edad de bronce y edad de hierro. En 1863, Lubbock perfeccionó esta periodización y acuñó los términos de paleolítico (antigua piedra) y neolítico (nueva piedra), en correspondencia analógica con las glaciaciones (edad del hielo) identificadas por los geólogos.

Con posterioridad aparecieron periodizaciones y cronologías de bases antropológicas y culturalistas: etapa de salvajismo, etapa de barbarie, etapa de civilización (Morgan), hasta desembocar en la idea de proceso civilizatorio (evolucionismo orgánico, idea de progreso) que nos habla de una revolución agrícola, urbana, de regadío, metalúrgica, pastoril, mercantil, industrial, termonuclear (Darcy Ribeiro).

Toda teoría es hija de su tiempo y cada disciplina encarna y expresa las necesidades teóricas de una época; así ha sucedido con la historia y la arqueología, expresión científica de esa permanente necesidad de los seres humanos por buscar los orígenes y la identidad.

Historia y filosofía

Nacen juntas, y así han continuado, maridaje inevitable y necesario, con disgusto y rechazo de ambas partes. Más que matrimonio ha sido una cohabitación, no se desea convivir, pero es inevitable, como está sucediendo actualmente en Francia, entre los socialistas del presidente Mitterrand y los conservadores del primer ministro Chirac.

La filosofía ha necesitado encarnar en la historia y ésta ha necesitado desarrollarse también como filosofía de la historia, como una reflexión sobre la historia-conocimiento (filosofía crítica de la historia) y como una teoría que dote de sentido a la historia-realidad (filosofía especulativa de la historia).

Según la tradición occidental, la historia nace en Grecia con Heródoto y Tucídides. Dice el historiador A. Momigliano: “La creación de Heródoto y la elaboración tucídidea hunden sus raíces en la revolución intelectual del siglo V, a.C., de donde toman su pleno significado”... “La forma heródotea y tucídidea de historia no sólo aprende de otras ramas del conocimiento y hace aportaciones a ellas (la influencia recíproca es particularmente evidente en el caso de la filosofía), sino que además las presupone. No es propio de la historia decir la última palabra sobre las cosas o medir en su justa medida la importancia de los dioses sobre los hombres, ni, ciertamente, analizar sistemáticamente la naturaleza (*physis*) del hombre: para esto hay otras disciplinas”, y entre todas destaca la filosofía con su pretensión de omnicomprendibilidad o como la define Hegel: “la consideración pensante de los objetos en general”.

Esta vinculación orgánica entre historia y filosofía se da en la antigüedad y en la edad media, es decir, en la tradición occidental, judeocristiana, así como en cualquier otro pueblo o cultura que ha tenido interés en su histo-

ria y en el sentido de la misma, no como proyección mítico-teológica, sino como reflexión sistemática y preocupación teórico-metodológica.

La cohabitación de la historia con la filosofía sufre una interrupción significativa con la aparición del mundo moderno (siglos XVI y XVII). La filosofía absolutiza a la ciencia (física, matemática) y se subordina a ella.

La filosofía excluye a la historia de sus intereses; así Descartes rechaza el conocimiento histórico por considerarlo un conocimiento esencialmente falso y engañoso, nada científico; esta desconfianza se ha mantenido en el campo de los científicos, aunque ha disminuido entre los filósofos.

Un nuevo acercamiento, entre la filosofía y la historia, se operó en el siglo XIX, especialmente en Alemania, Italia y Francia (W. H. Walsh), gracias al gran desarrollo de la investigación histórica y de la historiografía. Acercamiento propiciado por ambas partes, pero esencialmente por filósofos y filosofías, que le otorgaron carta de ciudadanía a la filosofía de la historia, definida y defendida en el siglo XIX como una reflexión necesaria sobre el sentido y fin de la historia o, como dirá Hegel, se hace necesario “elevar contenidos empíricos a la categoría de verdades necesarias”. Para Hegel, la realidad es espíritu: el universo es, en cierto sentido, producto de la mente y por lo tanto inteligible por ésta (W. H. Walsh). Lo real es racional y, por ende, aprehensible; la historia se definirá como una ciencia empírica de lo particular, mientras que la filosofía de la historia o lógica de la historia es asumida como ciencia de lo general, del sentido de la historia y del fin moral que ésta siempre persigue.

La filosofía de la historia tiene una larga y prestigiosa tradición, entre otros: san Agustín, Ibjaldun, Vico, Voltaire, Kant, Herder y Hegel. Todos coinciden en la necesidad de una filosofía del sentido profundo de la historia que permita descubrir las leyes que definen el proceso histórico. De manera implícita o explícita se trata de construir una lógica, una ética y una epistemología de la historia.

Se piensa en la historia como filosofía, pero también como ciencia, y en esto, como en tantas otras cosas, Voltaire fue pionero. Escribió en 1744 (*Nuevas consideraciones sobre la historia*): “quizás suceda pronto en la forma de escribir la historia lo que ha sucedido en la física. Los nuevos descubrimientos han proscrito los antiguos”. La historia no puede seguir proporcio-

nando, chismes y anécdotas, bagatelas que no enseñan nada, que sólo nos enteran de acontecimientos, de hechos aislados. Voltaire acuñó el término de filosofía de la historia en 1765; Herder precisó sus alcances en 1774 (*Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*). Hegel la elevó a su máxima posibilidad especulativa, con sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, de 1837.

La filosofía de la historia después de Hegel va a discurrir por canales de controversia Hegel frente a Marx; Hegel frente a Nietzsche; Hegel frente a Dilthey, debates fecundos y abiertos, inacabados, para beneficio de la filosofía y de la historia.

La historia se asume como una disciplina adulta, deslastrada, no totalmente, de mitos, teologías y literatura; científica y filosóficamente avalada.

De historia e historiadores

En 1985 se reunió el XVI Congreso Internacional de Historia y murió Fernand Braudel. Noticias poco periodísticas y muy “profesionales”, pero vistas en perspectiva son importantes. La historia, como disciplina universitaria, determina en buena parte nuestra visión del mundo, así como nuestra comprensión de la realidad social. El XVI Congreso se reunió en agosto, en Stuttgart, Alemania, con más de mil historiadores. Fueron muchos los temas tratados, sobre todas las épocas y prácticamente se cubrieron todas las áreas. Hubo una revalorización de Max Weber, cuyos libros, al igual que los de Alexis de Tocqueville, han vuelto a ser leídos con renovado interés.

La historia es una disciplina de renovado vigor, ciencia en construcción (P. Vilar) se renueva constantemente y uno de sus grandes renovadores fue F. Braudel (1902-1985). Verdadero patriarca de los historiadores contemporáneos, construyó su catedral de papel, con lucidez, rigor metodológico y tenacidad. Sus dos libros fundamentales constituyen un hito de la historiografía contemporánea: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (FCE 2T) y *Civilization matérielle, économie et capitalisme, XV/XVIII Siecle* (A. Colin, París, 3T).

Cincuenta años de labor científica e historiográfica, ochenta y tres años de vida plena. Prisionero de guerra, profesor en Argelia, en Brasil, en París. Doctorado en 1947. Sucesor de Lucien Febvre y Marc Bloch, como director de los *Annales* desde 1946. Profesor en el Colegio de Francia. Fundador de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Su máxima aspiración fue establecer un diálogo fecundo entre las ciencias sociales. Iconoclasta, su compromiso fue con su obra, laboriosamente construida, rigurosamente evaluada y contrastada, libremente realizada. Análisis lúcido y exhaustivo del mundo moderno.

Ensayo de historia total (la historia como ciencia de lo general y como teoría de las sociedades en movimiento), su obra es un prodigio de erudición y ciencia, pero igualmente de imaginación, intuición y de estilo.

En sus libros, la historia adquiere toda su trascendencia y proyección. Historia orgánica, de niveles diversos, aprehende la realidad, en su complejidad y dinamismo. Braudel es un innovador, no por afanes de novedad, sino como exigencia metodológica de la investigación.

Desconfiaba de la filosofía de la historia, desde Hegel a Marx, química peligrosa del intelecto, conocimiento apriorístico que se convierte en dogmas y doctrinas infalibles.

Era un científico de la historia, cuya teoría y método es su propia obra. Creyó en la libertad fundada en la tolerancia. Orgullosamente francés, era hombre de muchas patrias y lenguas. Se acercó a muchos pueblos y culturas, a todas trató de comprender, como hombre y como historiador.

Raigalmente intelectual, siempre supo que el oficio lo obligaba a deslindar y renunciar a la política activa; rechazó siempre cualquier militancia partidista, ideológica o religiosa; decía que él no estaba dispuesto a firmarle un cheque en blanco a nadie; en todo momento reivindicó su libertad de conciencia, de pensamiento y de compromiso. Militante a su manera, no fue un intelectual de gabinete.

Ecléctico en el campo teórico, supo construir una metodología propia y sin pretenderlo, desarrolló toda una teoría de la historia.

Decía: la vida es nuestra escuela y a cada tiempo nuevo debía corresponderle una nueva historia. “Para mí, la historia es la suma de todas las historias posibles: una colección de oficios y de puntos de vista, de ayer, de hoy y de mañana.. Todas las historias son nuestras”.

Un obrero lee la historia

La historia la escriben los vencedores, axioma que la historiografía confirma. Nadie escribe la historia inocentemente; “en nombre del saber o la ciencia, el historiador ha sido o un sacerdote o un combatiente al servicio del príncipe, del Estado, de una clase, de la nación, en una palabra de un orden o sistema..., según la índole de su misión, según la época, el historiador ha optado por tal conjunto de fuentes, ha adoptado tal método” (Marc Ferro).

La historia la escriben los vencedores; el historiador ha estado casi siempre al servicio del poder, de los dominadores, de la iglesia oficial o del partido dominante, de allí que el discurso historiográfico básicamente sea un discurso de poder.

Los pueblos vencidos y las culturas subordinadas en la historia se han convertido en los sin voz ni memoria. La historia, contrariamente a lo que se cree, cultiva la desmemoria de los pueblos, el olvido sistemático. La historia se falsifica y manipula, se convierte en historia oficial: “gran parte de ella debe ser pura invención” (Jane Austen).

La historia oficial momifica el pasado para controlar el presente; el diálogo vivo entre el presente y el pasado, esencia de la verdadera historia, es sustituido por la sacralización de la tradición; se eligen los hechos que deben perdurar y los personajes que deben prevalecer en la memoria y en el culto. La historia y la vida son traicionados.

Hay una historia-ideología, una historia-propaganda.

La historia justifica lo que quiere... contiene todo y da ejemplos de todo. La historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto... Hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos... los conduce a delirios de grandezas o al de persecuciones, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas” (Paul Valéry).

La historia debe reconciliarse con la vida y con la ciencia; por eso reiteradamente se habla de una nueva historia. La historia tiene que ser permanentemente reelaborada y reescrita, debe conservar la consciencia de su originalidad como ciencia del todo social (P. Vilar). Ciencia del fondo de los problemas sociales y no de sus formas, ciencia del tiempo y no del instante o de la sola actualidad. Contradictoria y disímil ha sido la historia de la historia, ha estado a favor de las peores causas, pero también de las mejores. Historia bicéfala o bifronte, como historia de los vencedores ha sido escrita para justificar el colonialismo y la dominación de unos pueblos singularizados etnocéntricamente y de unos determinados grupos sociales. Como historia de los vencidos, básicamente sigue sin ser escrita. La nueva historia sólo puede surgir de la lucha de los pueblos por su liberación, y la historia teórica y metodológicamente está preparada para ello. La historia debe dejar de ser terapéutica y justificadora; el verdadero tiempo del historiador no es el pasado sino el futuro.

La nueva historia debe incorporar al pueblo y lo cotidiano, “los trabajos y los días”, al trabajador, al marginal y a las minorías, para que de esa manera cuando un obrero lea la historia no se extraña a la manera del obrero de Brecht.

*¿Quién construyó las siete torres de Tebas?
Los libros están llenos de nombres de reyes.
¿Fueron acaso los reyes quienes arrastraron los enormes bloques de
piedras?
Por la noche, cuando terminó la construcción de la Gran Muralla
China.
¿Adónde fueron los albañiles?
El joven Alejandro saqueó la India.
¿El solo?
César venció a los galos.
¿Acaso no había ni un cocinero en su ejército?
Felipe de España lloró cuando su flota fue hundida y destruida.
¿No había otras lágrimas?
Federico el Grande triunfó en la guerra de los siete años.
¿Quién triunfó con él?
Cada diez años, un gran hombre;
¿Quién pagó para que llegara a serlo?
Hay tantos detalles.
Hay tantas preguntas.*

(Poesías. “Un obrero lee la historia”, de Bertolt Brecht).

Historia y liberación

I

“Me maravillo a menudo que resulte tan pesada (la historia), porque gran parte de ella debe ser pura invención” (Jane Austen, “Northanger Abbey”, cap. XIV).

II

“Son pocos los historiadores de Otto de Freising a Voltaire, de Polibio a E. Lavisse, de Tácito a Mommsen que, en nombre del saber o la ciencia, no hayan estado al servicio del príncipe, del Estado, de una clase, de la nación, en una palabra, de un orden o un sistema; que consciente o no, no hayan sido un sacerdote, un combatiente... Según la índole de su misión, según la época, el historiador ha optado por tal conjunto de fuentes, ha adoptado tal método...

Sí, se sabía que nadie escribía la historia inocentemente.

(Marc Ferro, historiador francés).

... y los griegos inventaron la historia

La historia, como tiempo humano, es tan antigua como la primera pareja, pero como reflexión y conocimiento se remonta a Grecia. Este primer modelo historiográfico encarna fundamentalmente en dos historiadores: Heródoto y Tucídides, quienes, dentro del vasto movimiento intelectual de la época (siglos V y IV a.C.) y beneficiándose del mismo (epopeya, tragedia, filosofía) intentan una comprensión de la realidad histórica, más allá del mito, la magia y la religión. Este esfuerzo intelectual, desde el primer momento, no es un discurso inocente ni neutral, es un discurso de poder, es decir, una versión interesada del pasado, una visión del mismo en función de los intereses dominantes en el presente y así ha seguido siendo el discurso histórico hasta nuestros días.

La herencia cultural griega no ha sido una herencia pasiva, sino una herencia seleccionada, manipulada, confrontada y en muchos aspectos sobrepasada, hemos elegido más que recibido.

Heredamos la idea sofista de las “antigüedades” transformada hoy en la obsesión por la identidad y los orígenes. La antigüedad la inventan los contemporáneos, se destruyen viejos mitos y se inventan otros. El historiador nunca ha dejado de ser mitómano y mitógrafo, escritor memorioso, recrea el pasado y en muchas oportunidades simplemente lo inventa.

Con Isócrates, igual que con Cicerón, la historia es concebida como retórica, un género literario, es decir, lenguaje y escritura política, elaborado a partir de una indagación, una reflexión y una síntesis.

Con Tucídides y Polibio, la historia, consciente y oficialmente, se convierte en discurso político con intención pragmática y moralizadora.

Heródoto elaboró y nos legó el primer modelo de historia: etnografía, investigación constitucional e historia bélica, desde el presente y para el presente.

La historia siempre es contemporánea, afirma B. Croce, y Tucídides nos lo confirma.

Lo que concita el interés del historiador es el presente y éste trata de ser explicado y comprendido por la ley de la causalidad. Hay causas de todo tipo, cercanas y lejanas, así como de tipos geográficos, raciales, culturales, políticos y económicos.

La historia se asume como crónica y testimonio de lo trascendente, de lo que se considera importante, es decir, de la política, de los conflictos sociales y de la guerra. La historia pretende explicar, racionalmente, a la política, como un afán obsesivo de comprensión del presente.

Con Heródoto, y más aún con Tucídides, el historiador se afirmó como testigo y registrador de las transformaciones, sobre todo recientes, que a su juicio eran lo bastante importantes para transmitirse a la posteridad. En esta opción tenían en cuenta, y aún reflejaba, los intereses dominantes en la comunidad a que pertenecían. Los acontecimientos militares y políticos se destacaron como los principales temas de la historiografía griega (Arnaldo Momigliano).

La historia heródotea-tucididiana implica siempre un sentido de totalidad, de universalidad si se quiere, de acuerdo con los parámetros de la época. Lo local era menospreciado y no alcanzaba la categoría de historia.

Siguiendo este mismo principio de totalidad, la historia necesita de la filosofía como soporte racional para encontrar la coherencia y el sentido de los hechos y del proceso histórico.

En Grecia, la historia era literatura y filosofía; en ningún momento se pensó en ella como ciencia, no obstante, lo cual al historiador le inquietaban los problemas de método, el manejo crítico de fuentes y testimonios, así como el problema de la verdad y la objetividad.

La historia buscaba entretener y enseñar (la historia como maestra de la vida), pretendía convertirse en una ética y una pedagogía aunque, en la práctica, sólo fuera una política y un discurso ideológicos.

Judíos, romanos, cristianos y bizantinos no sobrepasaron la concepción historiográfica griega, aunque los primeros hicieron un aporte fundamental: la historia lineal y progresiva. En lo demás, la historia se estancó o retrocedió hasta convertirse en una teología de la historia. La historia escindida,

a partir de Eusebio, en historia profana e historia eclesiástica, subordinándose la primera a la segunda, es decir, el dogma y el interés eclesiástico convertido en ideología dominante.

La historia, ciencia en construcción

Con el renacimiento, la historia vuelve al modelo antiguo, se seculariza y racionaliza, y aunque filosóficamente tiende a repetir y reproducir el modelo historiográfico griego, la erudición y los problemas de método pasan a ocupar la atención fundamental de los historiadores.

“Si la ciencia puede definirse como el conocimiento metódico de las cosas”, la ciencia histórica comienza a construirse del siglo XV en adelante, dentro del espíritu de modernidad, con el renacimiento, el humanismo y la reforma, desarrollando dos posturas fundamentales, según P. Vilar: 1) La preocupación crítica, que consiste en no aceptar la existencia de un hecho, la autenticidad de un texto, hasta después de verificaciones minuciosas; 2) La preocupación constructiva, que consiste en elegir determinados tipos de hechos, en confrontarlos y en buscar las correlaciones, con el fin de resolver un problema planteado por el pasado humano.

En el siglo XVII, con avances y retrocesos, en función de “controversias ideológicas” y los “intereses prácticos”, la ciencia histórica da pasos fundamentales, con Mabilón (1632-1707) se crea la diplomática o ciencia del documento, y con ello se garantiza una crítica erudita y un conocimiento seguía del pasado. El tema económico y social empieza a llamar la atención del historiador y éste con Vico (1668-1744) y Voltaire (1694-1778) pretenden fundar una ciencia nueva. Dice Voltaire en sus *Nuevas consideraciones sobre la historia* (1744), después de leer cientos de textos históricos (militares, diplomáticos y políticos): “En el fondo me quedaba igual que antes... sólo me enteraba de acontecimientos..., quizás suceda pronto en la forma de escribir la historia lo que ha sucedido en la física. Los nuevos descubrimientos han proscrito los sistemas antiguos”.

En el siglo XVIII y el XIX, la historia alcanza su plenitud teórica y su madurez metodológica, con la ilustración, el historicismo y el marxismo, “debido al impresionante desarrollo de las técnicas históricas, arqueológicas, filosóficas (prehistoria, egiptología, desciframiento de las lenguas orientales antiguas, excavaciones micénicas, etc.), a la publicación de las grandes recopilaciones de fuentes (Niebuhr, Mommsen)... y finalmente a la aparición de las grandes historias nacionales: Ranke, Macaulay, Michelet”. En este salto cualitativo de la historia, la tentación literaria e ideológica, una vez más llega a prevalecer, el historiador se erige en juez y tribunal, juzga y valoriza, salva o condena, de acuerdo con particulares y concretos intereses.

Filosóficamente, la ilustración y el romanticismo, el historicismo y el positivismo vuelven a raptar a la historia, y ésta es concebida como un proceso orgánico, producto del azar o de la acción de los grandes hombres, ideológica y propagandísticamente aprovechada. La historia se asume como una ciencia totalitaria, omnisciente y omnicomprendiva, imperialista y eurocéntrica como la propia realidad política de la época. La historia sigue cultivando sus contradicciones, junto a un gran desarrollo metodológico viene un retroceso filosófico. La diferencia la va a marcar el marxismo; dice P. Vilar:

Entre 1847 y 1867 las grandes obras de Marx y Engels... proponen en la línea de algunos planteamientos del siglo XVIII, una teoría general de las sociedades en movimiento, cuya originalidad consiste en aunar, mediante la observación y el razonamiento, 1) el análisis económico, 2) el análisis sociológico, 3) el análisis de las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas, en resumen de las formas ideológicas a través de las cuales los hombres toman consciencia de sus conflictos y los llevan hasta el final...

En el siglo XX persisten viejas concepciones historiográficas literarias, filosóficas y teológicas, pero igualmente se ha consolidado en los campos teórico y metodológico el carácter científico de la historia, destacando en esta dirección la escuela histórica francesa de los *Annales* y las distintas corrientes neomarxistas.

La historia debe conservar la consciencia de su originalidad, nos dice P. Vilar, como ciencia del todo social, ciencia del fondo de los problemas sociales y no de sus formas, ciencia del tiempo y no del instante o de la sola actualidad.

Contradictoria y disímil ha sido la historia de la historia, ha estado a favor de las peores causas, pero también de las mejores. Historia bicéfala o bifronte como historia de los vencedores ha sido escrita para justificar el colonialismo y la dominación de unos pueblos singularizados etnocéntricamente y de unos determinados grupos sociales. Como historia de los vencidos, básicamente, sigue sin ser escrita. La verdadera nueva historia sólo puede surgir de la lucha de los pueblos por su liberación, de allí que la historiografía tenga una tarea liberadora que asumir y teórica y metodológicamente está preparada para ello.

La historia debe dejar de ser terapéutica y convertirse en militante, el verdadero tiempo de la historia no es el pasado sino el futuro.

Para una teoría de la historia

Para hablar de las cosas importantes hay que hacerlo con sencillez y si es posible con inocencia.

F. Nietzsche

Todas las ciencias sociales se integran en un conocimiento inter y multidisciplinario, más allá de los linderos académicos, casi siempre artificiales. Las ciencias sociales, válidas y necesarias disciplinas intelectuales (con teorías, métodos y técnicas específicas) surgen y se desarrollan fundamentalmente en los últimos doscientos años: la economía política a finales del siglo XVIII y la sociología comenzando el siglo XIX; ambas íntimamente relacionadas con el desarrollo del capitalismo y como expresión teórica del desarrollo y problemática económico-social de dicho sistema.

La historia se remonta mucho más atrás; en la tradición occidental por lo menos al siglo V a.C. y es un fenómeno típicamente griego. Lo que distingue para siempre al heleno del bárbaro, decía Heródoto, es que en todo tiempo razonó y fue libre de tanta credulidad. Sin desmerecer las tradiciones de otros pueblos y culturas, como por ejemplo, chinos e hindúes y, posteriormente, musulmanes y pueblos prehispánicos de América, la historia como disciplina intelectual, es fundamentalmente griega y el modelo histórico-historiográfico griego va a predominar hasta los tiempos modernos. La historia nace como literatura y lo seguirá siendo por más de dos mil años, y todavía hoy existen algunas dudas si realmente lo ha dejado de ser. Dice J. L. Borges: “Descreo de la historia. Múltiples son los pasados y existen no por el recuerdo, sino en función de quien recuerda”. Dice Álvaro Mutis: “Aprender, sobre todo, a desconfiar de la memoria. Lo que creemos recordar, es por completo ajeno y diferente a lo que en verdad sucedió”; y termina demoleador Golo Mann: “El pasado, es la mejor ficción”.

De las muchas definiciones posibles de historia; la más cómoda sigue siendo: “la historia como conocimiento del pasado”; en ella se integran y problematizan tres elementos fundamentales: la idea y el problema del tiempo; la teoría del conocimiento y la presencia siempre difícil del historiador y sus circunstancias. El tiempo es entendido y asumido de muchas maneras; el pasado puede ser lejano o cercano; existencialmente, cada ser humano asume su propia experiencia generacional, como individuo y como colectividad. La relación dinámica entre pasado, presente y futuro es susceptible de ser entendida de muchas maneras; el tiempo es uno solo y son muchos los tiempos del hombre. El historiador francés F. Braude distingue tres ritmos o ciclos: largo, medio y corto. El primero expresa una duración geológica y geográfica, el hombre y la naturaleza. El segundo es el tiempo de economía y la sociedad; si el primero se computa en milenios, el segundo en siglos. El tiempo corto, de la política y el acontecimiento, es normalmente el de la experiencia directa de cada ser humano. Vivimos en el tiempo y lo padecemos, no exentos de angustia, como lo expresa O. Paz: “Somos tiempo, tiempo que se acaba”.

Como conocimiento, la historia ha desarrollado toda una teoría, principios, normas, métodos y técnicas sometidos permanentemente a evaluación y cambios; a partir de la huella y el testimonio accedemos a los hechos que nos permiten reconstruir procesos, conocer y comprender el pasado. Nuestro conocimiento es retrospectivo y siempre implica una reconstrucción a partir de un ser concreto que llamamos historiador; razón tiene E. H. Carr cuando nos impulsa a conocer al historiador antes de leer su historia. El historiador, como sujeto histórico-cultural, responde a una visión determinada de la realidad, además de la carga subjetiva (intereses, creencias, ideología, etc...).

“La historia es un diálogo entre el presente y el pasado”, nos dice el mismo Carr. El pasado existe, pero con una elocuencia muda; a la manera del silencio de Dios necesita ser interrogado, desde nuestra “situación” y libertad concreta. Somos seres situados y comprometidos, querámoslo o no. El pasado es interrogado por el historiador en nombre de la vida, ingrato oficio que nos lleva a interrogar a los muertos para aprehender la vida: mirar hacia atrás para poder seguir avanzando hacia adelante. Muchos naufragan

en el intento y son los historiadores sepultureros, que asumen el pasado por el propio pasado. Son los muertos que entierran muertos, según la Biblia; son los que repiten el destino de la mujer de Lot: de tanto mirar hacia atrás quedan convertidos en estatuas de sal. La historia o está al servicio de la vida o no vale la pena.

El afán es conocer para comprender, el pasado como necesidad del futuro. De allí que lo importante no es la respuesta sino la pregunta; nuestra principal habilidad está en interrogar y develar, como esos detectives hábiles de las novelas policiales. La función del pensamiento crítico y científico es negar descubrir; como ya lo entendía Aristóteles: ciencia no es lo conocido, sino por conocer. De allí la necesidad de la crítica historiográfica; ninguna historia escrita es eterna; necesariamente tiene que ser superada; siempre habrá otros datos y nuevos documentos y, lo más importante, nuevas interpretaciones; las grandes obras historiográficas permanecerán, pero como literatura y filosofía, como psicología y arte.

En la investigación histórica, métodos y técnicas se multiplican y renuevan siempre. No existe el método único, definitivo y universal; cuando asumimos un método, lo traicionamos y lo invalidamos; así ha pasado con el marxismo, el psicoanálisis, el estructuralismo y tantos otros.

Documentos, huellas y testimonios pueden llegar a ser infinitos; hacia atrás escasean; en el presente abundan, hasta la exageración. Afortunadamente se ha superado la historia positiva que sacralizó el documento y la capacidad del historiador de reconstruir el pasado tal como fue (L. Von Ranke). Hoy problematizamos el propio pasado: revisamos las interpretaciones canónicas y los mensajes que nos vienen del pasado se enriquecen y multiplican al revalorizar la tradición oral (tan importante en la antigüedad, en los pueblos primitivos y en la cultura pre Gutenberg); todo tipo de testimonio; todo tipo de objeto, gracias a la paleontología, la arqueología y la antropología.

Las voces del pasado se multiplican y éste se ensancha cada vez más; conocemos mejor el pasado, mucho mejor que nuestros antepasados, quienes no tuvieron a su alcance las posibilidades técnico-metodológicas que hoy poseemos. Objetos de todo tipo, con miles de años de antigüedad, son descubiertos e interpretados; otros conocidos, al fin han podido ser des-

cifrados y el tiempo del pasado se ensancha y enriquece (como en el siglo pasado lo fueron los jeroglíficos egipcios y todavía hoy en América Latina no logramos descifrar el código secreto de los equipos incaicos). El pasado está lleno de secretos, símbolos y signos en espera de la ciencia del historiador para enriquecer el patrimonio histórico y psicológico de la humanidad. El hombre destruye y conserva; dialéctica terrible que nos coloca siempre entre el olvido y la memoria, no otra como es el combate permanente de los pueblos por su identidad.

Frente a la investigación histórica siempre hay una teoría o filosofía de la historia que permite intentar una explicación del todo. La historia como azar o destino; un caos sin esperanza, de comienzo incierto y fin trágico o producto y expresión de una racionalidad inmanente o trascendente y de una lógica que le proporciona a la historia orden, sentido y finalidad.

La filosofía de la historia recoge todas las teorías generales, filosófico-religiosas, que buscan explicar la historia como proceso y totalidad; pero igualmente la filosofía de la historia sirve para la reflexión sistemática sobre los grandes problemas teóricos de la disciplina: la objetividad y la subjetividad en el conocimiento histórico; la verdad histórica; tiempo y espacio, cronología y periodización; el valor de lo biográfico en la historia o ésta entendida como proceso a partir de la existencia de fuerzas sociales y colectivas; la historia como ciencia, etc. Muchos son los problemas y muchas las posibilidades de la historia; sobre su utilidad, cualquier respuesta es posible, desde Cicerón, quien la calificó como maestra de la vida, hasta Hegel con su afirmación provocadora: “Si la historia sirve para algo, es que no sirve para nada”.

La historia forma parte de ese conocimiento inútil que tanto necesita el ser humano. Como la filosofía, el arte o la literatura, no es un conocimiento técnico para construir, hacer o tener, pero es imprescindible para él “su vida e historia se confunden y superponen, igual cultura e historia; el hombre, medida de todas las cosas, sólo existe y se reconoce en la historia; de hecho, la historia intenta ser una antropología filosófica: una idea del hombre, una explicación del fenómeno humano. El hombre comienza siendo naturaleza (cosmogénesis) asumido como grupo, diluye su identidad en él; se necesitaron miles años para que el hombre pudiera individualizarse e identificarse

a sí mismo, como biografía y sociedad (antropogénesis) y así fue posible el conócete a ti mismo socrático y el Dios encarnado y personalizado cristiano. El hombre se descubre a sí mismo en sus semejantes (y en éstos a Dios). Existencialmente limitado a un tiempo y a un espacio determinado; éstos, asumidos como historia, permiten trascender al hombre y durar en la doble memoria del pasado y del futuro y creamos el mundo a nuestra imagen y semejanza. El hombre como historia forma parte de un proceso colectivo pero personalizado; que va de lo finito a lo infinito; de la consciencia y el miedo a morir (padre de todos los miedos, construimos el mundo para permanecer). La historia es lo inmanente-trascendental, lo que somos y hemos sido y lo que queremos ser; de la tridimensionalidad de la historia a la unidimensionalidad de la existencia; si ésta es solamente presa gracias a la historia, somos además pasado y futuro.

Sed infinita de saber, como Prometeo, vivimos robándole el fuego sagrado a los dioses, y como Fausto, no conocemos otro anhelo que el conocimiento como poder; la voluntad de poder define a nuestro tiempo, según Nietzsche; el instrumento, la ciencia y la técnica, gracias a los cuales, cielo e infierno son posibles aquí en la tierra. La historia es el pasado, pero igualmente el futuro: el pasado debería enseñarnos a ser sabios y evitar que el futuro se nos convierta en un gran holocausto.

Para una teoría de la contemporaneidad:

El posmodernismo

“Dios ha muerto, todo está permitido”, proclama Nietzsche. La cultura moderna progresivamente se ha venido divorciando de Dios; la revolución industrial y la revolución científico-técnica permiten pensar en un progreso indefinido y el hombre, por primera vez, se siente y asume como el verdadero señor de la creación.

La voluntad de poder lo es todo. Dice Nietzsche: “¿Quieres una palabra para designar este mundo? Una solución a todos sus enigmas y este mundo es la voluntad hacia el poder y nada más”.

La ciencia ha ido socavando la vieja fe desde los cimientos. Darwin proclama que ya no somos hijos y herederos de Adán. Marx sitúa al hombre en el centro de la historia; es éste quien hace y padece la historia. Dios es desterrado del mundo y de las cosas de los hombres. Freud arremete contra el racionalismo, al presentarnos a un ser humano disminuido a instinto, inconsciencia e irracionalidad. Bergson marchará en la misma dirección. La nueva física es brutal en su desacralización del universo, del mundo y del hombre. La nueva ciencia lo relativiza todo. Einstein destruye todas las certezas tempo-espaciales de los hombres. “Masa y energía son dos caras de la misma moneda. Una partícula atómica o una inmensa estrella, no son sino manifestaciones de energía altamente concentrada”. A su vez, Bradley y Whitehead, por separado, dirán lo mismo: “El mundo está formado de materia sólida sumergida en espacios de vacío absoluto”. “La naturaleza por sí no tiene realidad, el espacio es únicamente una relación entre términos que nunca pueden encontrarse”. Este holocausto teórico culmina en la terrible frase de Eddington: “El hombre es sólo un conglomerado fortuito de átomos”. En menos de cien años, la ciencia ha modificado, de manera radical,

nuestras ideas y convicciones. El siglo XX, a impulso de la nueva ciencia, se asumía lleno de incertidumbre e interrogantes. Se nos había sugerido que el universo es ininteligible, insensible (es decir, amoral) y casual.

Simultáneamente, se está viviendo otro proceso demoledor. La historia se asume y expresa fundamentalmente como violencia. La primera guerra mundial es una gran carnicería: prolongada, brutal, inhumana, irracional. La revolución triunfa en Rusia y la violencia es asumida como la gran parte de la historia. La satrapía estalinista es su herencia más visible. El totalitarismo nazi-fascista señorea y amenaza al mundo. Nunca el hombre había sido más lobo del hombre. La segunda guerra mundial es otro episodio en esta carrera de horrores. Cincuenta millones de muertos y la amenaza de un holocausto nuclear son su herencia. La humanidad vive estupefacta ante su propio horror. Dirá Einstein “Es más fácil cambiar la maldad del plutonio que la del hombre”.

No hay vuelta atrás; se ha derrumbado un mundo, una época, una manera de ser hombre. La historia naufragó en sus miserias; la ciencia demolió las viejas ideas. La cultura fue la única tabla de salvación en este naufragio y así se pudo definir la cultura como lo que queda cuando nada queda. Dentro de lo que algunos han llamado el optimismo trágico, el hombre se encontró solo una vez más, pero igualmente una vez más, dispuesto a construir nuevamente el mundo a su imagen y semejanza; es el nuevo humanismo.

El arte en su sentido más amplio (pintura, escultura, arquitectura, poesía, literatura, música, danza, teatro, cine, etc.) ha sido el testigo más fiel y cercano de todo este proceso. Testigo y protagonista, porque el artista en todas sus facetas ha sido el héroe trágico por excelencia. Nadie más lúcido que él para intuir y entender lo que estaba pasando. Nadie más sensible y capacitado que él para expresar la totalidad del proceso, todas sus complejidades, contradicciones, fracasos y posibilidades. El artista es el verdadero héroe trágico de nuestro tiempo, el nuevo Prometeo y el nuevo Fausto, cuyos anhelos de infinito están condenados al fracaso, pero que no está dispuesto a renunciar a ello.

El nihilismo contemporáneo, el absurdo y la angustia tipifican una manera de expresar y vivir la contemporaneidad. El hombre se volvió a encontrar solo, pero libre.

La libertad ha sido el gran mito del siglo XX, la obsesión más permanente, la esperanza más sentida.

Mallarmé caracterizó muy bien al artista en las dos primeras etapas. Decía que en el dominio del arte, cada cual pretende forjar su instrumento y expresar en un lenguaje propio su paisaje interior, aunque el artista tenga que arrancarse del público y el arte marchitarse en el narcisismo.

La segunda mitad del siglo XX ha sido otra cosa. La paz mundial, a pesar de los múltiples conflictos, ha sido garantizada por las dos superpotencias. Se ha evitado el holocausto nuclear. La humanidad ha reconquistado el derecho a la esperanza y la utopía. La descolonización y el proceso de liberación mundial se ha generalizado y hecho irreversible. El desarrollo se ha convertido en una aspiración colectiva. Todas las sociedades tienden a abrirse a un proceso de reformas. El mundo sin dejar de tener problemas y vivir conflictos de todo tipo, se ha ido asumiendo de manera cada vez más optimista, de allí esa fe en el futuro. Desde los años 60 para acá, el futuro se ha convertido en una evasión y, al mismo tiempo, en una certeza. La revolución científico-técnica lo posibilita y lo pone al alcance de todos. El hombre está convencido de que puede construir un mundo diferente y mejor. Hemos trocado el viejo optimismo trágico por un nuevo humanismo, afinado en la fe en el nombre, en su capacidad de rebeldía y creación (Camus). Creemos en la dignidad intrínseca del ser humano (Brecht, Mounier). Y con el existencialismo sabemos que el hombre está solo, pero rodeado por otros. La soledad se ha transmutado en solidaridad. El arte vuelve a reconciliarse con la sociedad.

Hoy por hoy creemos que el futuro es posible y que en él realizaremos nuestros mejores sueños. En este clima y con esta convicción surge el posmodernismo. A partir de 1960 se empieza a identificar un nuevo tipo de sociedad que expresa el proceso económico y social marcado por la sociedad industrial y postindustrial y la tecnociencia. La juventud de los 60 y su ideología se convierte en su mejor exponente. Esta nueva realidad traducida a expresión cultural tendrá múltiples manifestaciones (cine, teatro, novela, música) pero especialmente en lo arquitectónico. Desde varias décadas anteriores “bajo la inspiración de F. Lloyd Wright y W. Gropius, la arquitectura había descubierto ya formas de expresión adaptadas funcionalmente a la nueva edad tecnológica”.

El hombre del siglo XX cree que ya está viviendo en el futuro. Psicológicamente en esta perspectiva se coloca el posmodernismo, movimiento multiforme y variado, calificado de ecléctico, no termina de cuajar en una propuesta definitiva, siendo ésta quizás, su identidad fundamental.

En esta tradición de lo nuevo que se generaliza y populariza en la década del 70, destacan su fe en el progreso tecnológico, el vanguardismo y el progresismo social. El artista se asume reconciliado con la sociedad y busca serle útil.

La cercanía del tercer milenio ha generado todo un imaginario del siglo XXI. Frente al temor de nuestro pasado reciente, se ha impuesto la fe en el futuro. Como diría Nietzsche: “Un optimismo que se imagina no tener barreras fundado sobre un sentido hedonista y sensual de la vida”. Sobre la creencia en una felicidad terrena para todos. El posmodernismo en cierta forma expresa, no de manera consciente, la idea de utopía concreta que la generación actual proyecta. La idea es darle una forma al futuro y algunos artistas (en especial determinados arquitectos) se han empeñado en intentarlo.

El hombre nunca termina por escapar del pasado, pero su interés fundamental, servir hacia adelante, está en la utopía y en después de la utopía. Su memoria es bifronte. “Nos hemos hecho sabios, no por medio de los recuerdos de nuestro pasado, sino por las responsabilidades de nuestro futuro”.

Cultura y contemporaneidad

No todos los siglos duran cien años, el siglo XX empezó con la primera guerra mundial y la revolución bolchevique y terminó con el derrumbe del mundo soviético y sus satélites de Europa oriental. La segunda guerra mundial y la guerra fría se perciben lejanas y, definitivamente, enterradas en el pasado. El hombre contemporáneo se asume ya en el siglo XXI, piensa que en su destino pesa más el porvenir que el pasado. No hay duda que vivimos la hegemonía USA; existe un mito norteamericano que el mundo ha asumido como paradigma; todos los pueblos del mundo viven de alguna manera el complejo USA, sociedad a imitar y a alcanzar; todos se sienten marginarles con respecto a los Estados Unidos y quieren parecerse lo más posible a ellos. Las modas y los grandes temas de actualidad siempre comienzan en los Estados Unidos.

En los años 60 fueron el feminismo, el orientalismo, la ecología y la paz; en los 70 y los 80, el naturismo, la cultura física y las creencias esotéricas se imponen; todo dentro de un consumismo desatado y un mal gusto de nuevos ricos en la imposición de cosas; lo importante es estar siempre in, es decir, formar parte del rebaño y pensar que se es feliz.

No hay duda de que vivimos una época profundamente despersonalizadora, marcada intensamente por el fetichismo del dinero y el éxito económico y social; es la moda yuppie, que no es otra cosa que la vuelta a los 50, según la escritora Erica Jog y cuyos rasgos resaltantes son: manía del dinero, indiferencia social y falta de sensibilidad frente a la pobreza, darwinismo social, conformismo, hipocresía, puritanismos y moralizadores; es la generación de los 80 y 90 que se identifican como tecnócratas y cuya máxima ambición es convertirse en capitalistas. El dinero es su verdadera pasión y el consiguiente éxito; los muchachos sólo quieren divertirse, los jóvenes sólo enriquecerse; en los 90 la confusión es grande; el fracaso le sirve de poco a esta generación sin memoria, y el futuro es un simple afán de novedad que la quincallería tecnológica tiende a satisfacer; si es verdad lo de la historia cíclica y la moda recurrente, estamos a la puerta de un regreso a los 60; una época más liberal y una nueva sensibilidad se abre ante nosotros. La onda neoconservadora está en retroceso y la era Reagan-Thatcher-Bush, definitivamente convertida en pasado. Pienso que de aquí en adelante el mundo se nos va a volver más inestable e interesante y muchas cosas nuevas van a nacer, nuevas modas y nuevos valores, nuevas actitudes y nuevas interrogantes. Confío en la vitalidad de la cultura contemporánea y en el compromiso de los jóvenes; se hace necesaria una nueva izquierda y una nueva cultura, porque hoy como ayer y siempre, de lo que se trata es de cambiar la vida; cambiar el mundo.

Juventud y contracultura

En la década del 60, la juventud pasa a representar más de la mitad de la población mundial y en nuestras latitudes una mayoría determinante. En muchos países, especialmente los más industrializados, la juventud representó un movimiento cultural y político innovador y desafiante. La juventud estudiantil y protestaria marca toda una época. Para el sistema fue un

alerta y un riesgo, tempranamente controlado. La protesta fue reprimida y el joven fue integrado como el grupo social más importante desde el punto de vista del mercado y del consumo. El sistema tritura la rebeldía juvenil y la incorpora a la mitología de la sociedad industrial. El joven domesticado e inofensivo es sacralizado en las modas y en los medios de comunicación. El cine, la literatura y la música son quienes mejor expresan este fenómeno; James Dean le proporciona una indumentaria, una gestualidad y una identidad a las nuevas generaciones. El *underground* y la contracultura: una filosofía. La música se convierte en su mejor expresión y en el mejor negocio del siglo, con más ventas que el cine y la televisión.

La juventud de la posguerra expresa toda una patología psicosocial; personalidad *borderline* según psicólogos y psiquiatras; es vivir en el límite entre la psicosis y la neurosis. Sociedad e individuo se confunden y superponen, cada vez hay más individuos *borderline*, la sociedad es cada vez más difícil y compleja. Ambos pueden ser caracterizados, según el médico psiquiatra Eloy Silvio Pomenta, por la omnipotencia, grandiosidad, exhibicionismo, problemas de identidad, destructividad y violencia, corrupción, promiscuidad y perversiones sexuales, consumo masivo de drogas, depresión, vacío, aburrimiento.

El mundo se vuelve cada vez más complicado y difícil; el tiempo histórico se acelera y los cambios se suceden incesantes. El ser humano se siente excedido por los acontecimientos. Se encuentra sobrepasado y desorbitado. La crianza y la educación de los hijos se complican, proliferan las teorías y todas son aceptadas. Todo se relativiza. Crecer se ha vuelto difícil y traumático para los padres y para los hijos. De allí que hoy se hable tanto de una crisis de los adolescentes, como de la “madurescencia” o crisis de los adultos.

El apocalipsis atómico, el consumismo y la televisión se convierten en las coordenadas fundamentales de la existencia. La confusión y la desesperación pasan a definir la conducta de millones de personas. Los padres proyectan, inconscientemente, sus frustraciones sobre los hijos y éstos su agresividad sobre aquéllos. La relación padres-hijos se funda en la negligencia, abandono, poco compromiso afectivo, proyección de tendencias inconscientes. En la familia burguesa y clase media típica, la madre es una neurótica de aburrida vida que transcurre entre el gimnasio, la dieta, la telenovela, el club y

el té-canasta. Los padres, casi siempre ausentes, entre el trabajo sacralizado, los amigotes, la amante. La crianza se hace permisiva y liberal; nadie manda en el hogar porque todos mandan. Al hijo se le abandona en su tiempo y en su afectividad. No hay comunicación. A los hijos se les desdice, se les desvaloriza o se les ignora. Se les mantiene lejos; se les asfixia con regalos, cosas y cursos; música, ballet, kárate, cursos vacacionales y quien puede o podía, campos de verano. Los padres proyectan en sus hijos sus frustraciones y carencias; en la práctica, los abandonan. Perplejidad y narcisismo parental lo denomina el doctor Eloy Silvio Pomenta a la confusión que existe en la manera de criar y educar a los hijos. “A la crianza defectuosa y al deterioro de la institución familiar, como generadora de identidad, habría que añadir la confusión reinante en materia educativa por la aparición de teorías y metodologías tendentes a una liberalización cada vez mayor, en desmedro de una sólida y disciplinada formación de la personalidad del niño” (E. S. Pomenta, *El borderline o la manera narcisista de vivir*).

Las tendencias narcisistas: grandiosidad, exhibicionismo, omnipotencia naturales en el niño, si no son limitadas se vuelven patológicas en la edad adulta hasta derivar en un narcisismo de tipo homosexual, como es el caso paradigmático de Michael Jackson en la subcultura musical contemporánea y tan manifiesto en su película *Moonwalker*. Dice el doctor Pomenta: “La modalidad narcisista ha sido delineada como la forma exhibicionista de vivir la homosexualidad, necesitando de una afirmación omnipotente del proselitismo y del reclamo de una superioridad intelectual”. Hitler encaja perfectamente en la descripción y tantos otros. El capitalismo se ha vengado del susto que le hizo pasar la juventud de los años 60, domesticándola y manipulándola; sus principales instrumentos han sido la televisión y la industria del disco, especialmente la música moderna. Lo importante es crear mentes y conductas lo bastante estúpidas (Winnicott), para ser conducidas a la adopción de determinados estereotipos y modelos conductuales propios para el consumismo y a la desvirtuación de los valores más esenciales del ser humano. Cada año un nuevo ídolo, tanto como lo exija la industria del disco, en una competencia desenfrenada y desquiciada. Se exalta lo irracional y patológico; la excentricidad de Elton John, lo demoníaco de Nina Hagen y los Kiss, el travestismo de Boy George, la homosexualidad de Mi-

chael Jackson. Todo ello sin menoscabo o desconocimiento de un esfuerzo paralelo de los verdaderos artistas y la mejor música. Presley y los Beatles, Bob Dylan, Joan Baez, Sting y tantos otros.

La juventud, pretendidamente única dueña de la ira y la cólera, ha vuelto a ser vencida. Vendrán otros jóvenes y otras batallas, otros triunfos y otras derrotas; no otra cosa ha sido la historia de la humanidad.

Siglo XX/ que engendraste el satélite: /dolor y niebla en ti/ no tienen límites. Eres un siglo/de nobleza y de miedo, /siglo asesino de tus propias ideas, /mira, mira a esos jóvenes: /son dueños de la cólera.

Cómo pesa su cólera y su mirada, su desprecio. /Desprecian partidos y gobiernos, /desprecian ala Iglesia/y a los falsos profetas/desprecian a la mujer/ y al implacable rostro./

De la tierra/y hasta el desprecio de su propio desprecio. /Para ellos, el siglo no es un padre/sino un padrastro cruel/. Todo para ellos es disgusto y se exasperan. /... Son crueles /holgazanes /excéntricos /extraños entre el tiempo que navegan / comprendo qué rechazan, /pero ignoro /qué es lo que están buscando, qué desean /lanzar gritos de injuria sin descanso /ser su nuevo credo/... (E. Evtushenko).

La incógnita del hombre

El joven y la contracultura

Ustedes se han planteado la pregunta más difícil y más importante, es decir, la más urgente y actual, somos irrenunciable y radicalmente humanos o como se afirma en el Mahabarata: “No hay nada superior al hombre”. La idea del hombre y el ser del hombre no es reducible a una definición ni es conveniente que lo sea, porque el hombre aunque se repite a sí mismo, es historia y cultura. Siempre es el hombre quien interpela desde su libertad, desde su existencia concreta en diálogo con los demás, consigo mismo, el conocerse ahí mismo sigue siendo la pregunta más difícil y exigente.

La contemporaneidad, nuestro siglo XX, ha significado una terrible prueba para el hombre; hemos tenido que sobrevivir al horror del holocausto y el Gulag y al temor del fin del mundo porque la humanidad se ha hecho por primera vez mortal.

Hemos descubierto el silencio de Dios, se nos ha proclamado la muerte de Dios y, al final, se nos abandona en un presente que termina negando el pasado, dice Ortega y Gasset: “Sentimos que de pronto nos hemos quedado sólo sobre la tierra los hombres actuales... El resto del espíritu tradicional se ha evaporado. Los modelos, las normas, las pautas, no nos sirven. Tenemos que resolvernos nuestros problemas sin colaboración activa del pasado”.

El hombre nunca termina por escapar del pasado, pero su interés fundamental es ir hacia adelante, su memoria es bifronte. “Nos hemos hecho sabios, no por medio de los recuerdos de nuestro pasado, sino por las responsabilidades de nuestro futuro”, y ello tiene que ver con la vida y la sobrevivencia, muchos son los interrogantes; con Kant podemos repetir: ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar? ¿Qué es el

hombre? Nuestro siglo no nos ha sido fácil, todo o casi todo ha cambiado a impulso de la tecnociencia y va a seguir cambiando. Dos gritos atraviesan nuestro horizonte histórico: cambiar el mundo y cambiar la vida, arrojados al camino, Todo lo hemos intentado porque en verdad llegamos a creer que todo estaba permitido. “De la tradición antiautoritaria, comunal y libertaria, emergió en la década de los 60 la contracultura, que se caracterizó formalmente por su énfasis en la música rock, las drogas psicodélicas, las comunas y la filosofía oriental y hermética”. Fue una búsqueda y una huida que terminó en una derrota moral para la mayoría de sus protagonistas, lo que explica en la década siguiente el auge de las conductas y personalidades narcisistas, individualistas e irresponsables, replegadas sobre sí mismas, con una gran confusión en cuanto a su identidad y responsabilidades sociales y políticas. El conservadurismo se apoderó de la política y la economía, y hoy se ha vuelto a sacralizar el mito neoliberal con su darwinismo despiadado y depredador. Hemos dividido al mundo y a cada sociedad en dos bandos irreconciliables: los pocos que tiene mucho y los muchos que nada tienen, el pobre clama a los cielos y la verdadera crisis de nuestro tiempo es de orden moral; nunca como ahora es tan necesario rescatar los viejos valores del amor y la solidaridad; de allí la pertinencia e importancia de los postulados fundamentales de la contracultura contemporánea: “Los ideales de renuncia a la sociedad de consumo, la protesta contra el autoritarismo y la burocratización, la vida comunitaria descentralizada y cooperativa, la liberación erótica, la economía igualitaria”.

En todos los grandes momentos de la historia siempre es el hombre quien salva al hombre; en el renacimiento fue expresado en la fórmula grecopagana de “belleza-amor-gozo”; al respecto escribía Bertrand Russell:

El hombre necesita ahora, para salvarse sólo una cosa: abrir su corazón al gozo, y dejar el temor pululando en las tinieblas de un pasado olvidado. Debe levantar los ojos y decir no soy culpable, soy un ser que, por un largo y tortuoso camino ha superado los obstáculos naturales con la inteligencia, ha descubierto cómo vivir con libertad y gozo, en paz consigo mismo y, por tanto, con toda la humanidad. Esto llegará algún día si los hombres eligen el gozo en vez de la culpa.

El hombre contemporáneo ha entronizado la cultura del miedo sobre una nueva ignorancia, provocada por los medios de comunicación que, de

hecho, han permitido aflorar una nueva barbarie. Un niño norteamericano ve un promedio de cuatro horas diarias de televisión; a los once años ha visto 240 mil avisos comerciales en pantalla y ha presenciado seis mil asesinatos; la televisión termina sustituyendo a la realidad y sólo existe lo que la televisión muestra y dice. En este mundo audiovisual, conformista y alienado, el objetivo es robotizar al ser humano, convertirlo en un ser neutral y pasivo, consumidor atemorizado, cuyo decálogo del miedo se expresa de acuerdo con Eduardo Galeano de la siguiente manera:

Si haces el amor, tendrás sida.

Si fumas, tendrás cáncer.

Si comes, tendrás colesterol.

Si bebes, tendrás accidentes.

Si respiras, tendrás contaminación.

Si caminas, tendrás violencia.

Si lees, tendrás confusión.

Si piensas, tendrás angustia.

Si sientes, tendrás locura.

Si hablas, perderás el empleo.

El hombre contemporáneo, hipocondríaco, neurótico, acosado por la soledad y el miedo, en permanente tránsito al suicidio físico o moral, enfrentado a sí mismo y al mundo por él creado; desesperado intenta salvarse, de allí que resulte imperativo que el hombre vuelva a recuperar al hombre, en su libertad y en sus posibilidades; es urgente una ética de las responsabilidades y de las solidaridades; el hombre tiene que volverse a encontrar con el hombre y salvarse mutuamente, dice Martín Buber:

El encuentro del hombre consigo mismo, sólo posible y, al mismo tiempo, inevitable, una vez acabado el reinado de la imaginación y la ilusión, no podrá verificarse sino como encuentro del individuo con sus compañeros, y tendrá que realizarse así únicamente cuando el individuo reconozca al otro en toda su alteridad como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marche desde este reconocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador”.

Toda la historia de la idea del hombre nos conduce a esta conclusión: sabio o santo, en comunión con Dios o el supremo espíritu, el hombre es necesario al hombre y nada de lo humano puede serle indiferente; el humanismo es una necesidad, sólo el hombre preocupado por el hombre

puede controlar su propio hacer. En este sentido, es como la contracultura contemporánea es importante; no importa el naufragio personal que comporta y el relativo fracaso político, es un intento por encontrar una salida al sin-sentido del mundo contemporáneo y ello desde la propia contemporaneidad, de allí que sea un movimiento fundamentalmente de jóvenes. El poeta William Blake es uno de sus profetas y anunciadores cuando nos interpela: “¡Despertad, jóvenes de la nueva era! ¡Desplegad vuestras inteligencias contra los mercenarios ignorantes!... El arte degradado, negada la imaginación, la guerra gobernaba a las naciones”.

Con la guerra, el totalitarismo tecnocrático nos amenaza; de hecho, estamos viviendo en él, en nombre de la vida se nos niega la vida; como personajes de Becket, vivimos esperando siempre empezar a vivir, mientras la vida se nos escapa. El poder se deshumaniza y nos quiere deshumanizados. Las antiutopías de Orwell y Huxley se quedan pálidas frente a la sofisticación que ha alcanzado el poder para manipular y reprimir, de allí la importancia de los movimientos contraculturales; éstos, en el fondo, representan en primer lugar movimientos de resistencia cuyos antecedentes más ilustres e influencias más reconocidas serían: “La psicología profunda, restos nostálgicos de las ideologías de izquierda, religiones orientales, el espíritu romántico, la teoría social, anarquista, el dadaísmo, la sabiduría india americana y supongo la sabiduría perenne” (T. Roszak).

El combate es formidable y, como siempre, la primera trinchera la ocupan los jóvenes; el adversario es la tecnociencia que trata de racionalizar la vida, volverla más moderna y eficiente, no otro es el objetivo de la tecnocracia. Como dice Jacques Ellul: “La técnica requiere capacidad de predicción y, en igual medida, exactitud en la predicción. Por consiguiente, es necesario que la técnica prevalezca sobre el ser humano”.

El objetivo final es convertir al hombre en un instrumento técnico, racional, organizado, predecible; en otras palabras, en un robot. Los problemas dejan de responder a cuestiones políticas y morales y se reducen a problemas de carácter técnico, con una solución técnica, pensada y manejada por técnicos, expertos en cuyas manos todos los problemas tienen solución. Administrar, gerenciar, planificar, son algunas de las palabras mágicas de la tecnocracia, expresión de una sociedad industrial cuya máxima aspiración

es la integración organizativa a todos los niveles: eficiencia, productividad, costos, son expresiones de esta racionalidad técnica, aparentemente necesaria, pero peligrosamente deshumanizante y deshumanizadora. El gran dilema de nuestro tiempo es cómo progresar y desarrollarse una sociedad sin sacrificar al hombre: al hombre concreto, de carne y hueso, que sigue teniendo como máxima aspiración el amor y la felicidad.

La contracultura es un intento de respuesta; en el fondo es un nuevo romanticismo, profundamente existencial, porque como dice R. D. Laing: “Más que teorías, necesitamos experiencias”, que nos conduzcan a reencontrarnos los seres humanos en el amor y la solidaridad o como, declaraban los estudiantes de la nueva izquierda norteamericana en 1962: “Consideramos a los hombres como algo infinitamente preciso y dotados de facultades inéditas para la razón, la libertad y el amor... Nos oponemos a la despersonalización que reduce los seres humanos a la condición de cosas... Soledad, extrañamiento y aislamiento describen hoy la vasta distancia existente entre hombre y hombre. Esta tendencia dominante no puede ser superada por una mejor dirección del personal, ni por improvisados inventos mecánicos, sino solamente cuando un amor humano supere la veneración idolátrica del hombre por las cosas”.

En todas las culturas y las grandes tradiciones religiosas y filosóficas está presente la preocupación por el hombre, como muy bien lo expresa el pensamiento judío: “El hombre es necesario, es una necesidad de Dios”. En consecuencia, el hombre existe en la vida y más allá de la vida, es una realidad óptica y dealógica y su destino ineludible, encarnado, es vivir y morir. Asumir la existencia no es un simple estar allí, es indagar porque se está allí, es plantearse el enigma mayor, el propio hombre, de allí que en todas las tradiciones religiosas y filosóficas importantes, en un determinado momento se plantean la necesidad del conocerte a ti mismo socrático; los upanishads declaraban también conócete a ti mismo, y Confucio llegó a la misma conclusión: “Todo pensamiento, y todas las teorías de la actividad humana deben basarse en un conocimiento adecuado del hombre”. El Mahabarata es concluyente: “Os digo el secreto del Brahman: no hay nada superior al hombre” (P.T. Raju). Pascal habla de la caña pensante para referirse al hombre y concluye que el hombre es superior a todas las fuerzas no

pensantes que llenan el universo, y aquí está una de las paradojas mayores de la creación, este superhombre es, al mismo tiempo, limitado e incompleto. Hombre inacabado, hombre inacabable, símbolo aún por realizarse (Alirio Rodríguez). Finito e infinito; perecedero y eterno, el hombre sigue siendo el mayor misterio y la máxima aventura del pensamiento. En esta década finisecular de la aldea global, la tribu humana se agite entre la incertidumbre y el temor y, como siempre sucede en tales tiempos, proliferan ritos y mitos, cifras, símbolos y palabras mágicas para definir la realidad, atajar el miedo y si es posible preservar la esperanza.

El futuro es un vacío que nos toca llenar, el primer extravío es la confusión, el segundo, la evasión. Vivir en trance de futuro es tarea ineludible del joven; éste asume el mundo para cambiarlo, acompañado de tumbas y claudicaciones, avanzamos a tientas todas la generaciones, para crear nuevas certezas. Nuestro aquí y ahora no es fácil, nunca han sido fáciles los trabajos y días de los hombres; la pobreza material agobia a la humanidad contemporánea y los viejos odios religiosos, étnicos y nacionales resurgen amenazantes, frente a un mundo despersonalizado, al mismo tiempo que el hombre se afinca en sus orígenes y en su identidad primaria; los viejos odios tribales resurgen y el mundo explota en los particularismos; dialéctica infernal la de nuestra contemporaneidad que, por un lado, nos amenaza con el suicidio atómico y, por el otro, con las innumerables guerras fratricidas. La misma dialéctica prometeica y fáustica nos impulsa a dominar el mundo y el cosmos, y la tecnociencia, a la par que amplía y potencia nuestras posibilidades humanas, nos empobrece y amenaza en el ser mismo del hombre. Frente a ello sólo la cultura nos salva, y la fe, pero no la cultura oficial de la sociedad de consumo, ocio y entretenimiento de las masas, versión moderna del pan y circo romano, sino la contracultura, marginal y clandestina, que grita su inconformismo y rebeldía, y con ella el hombre de fe que encuentra a Dios en el otro y se reconoce en los demás. No tenemos alternativa: frente a la civilización tecnocrática debe alzarse una nueva civilización del amor.

Vivimos la gran confusión, todas las certezas se han derrumbado; de allí esta búsqueda desesperada de respuestas en el pasado, este renacer de la fe, este volver hacia las grandes religiones al igual que cultivamos cualquier superstición o nos aferramos a cualquier ideología. Los sistemas y las ideas

se derrumban; se cuestionan hasta los dos grandes mitos contemporáneos: democracia y desarrollo; la primera no pasa de ser un sistema tecnoburocrático de poder que privilegia una minoría plutocrática, y el segundo no ha servido sino para consolidar un sistema social lleno de desequilibrios e injusticias. Definitivamente, el mundo que vivimos y padecemos no nos satisface; desde todas las posturas teórico-filosóficas y político-ideológicas surgen las críticas; de hecho, una vez más la lucidez viene de la contracultura, es decir, de la cultura no oficial, clandestina y marginal, el verdadero pensamiento de nuestro tiempo vuelve Daker herético, heterodoxo y antidogmático, es una aventura a lo desconocido, ciencia en el sentido aristotélico, estamos obligados a cuestionarlo todo y a repensarlo todo, una especie de nihilismo trascendente que nos permita volver a creer una vez más; filosofar no es repetir las respuestas conocidas, sino volver a aprender a preguntar.

La ciencia nueva no es más que la conciencia de nuestra ignorancia y la búsqueda agónica de respuestas y nuevas certezas. La gaya ciencia, como diría Nietzsche, ciencia inútil para la producción pero fundamental para la vida. No hay conocimiento definitivo; todas las grandes teorías científicas son en verdad hipótesis sometidas a experimentación y permanentemente a revisión. La realidad siempre es más rica y compleja que cualquier teoría; avanzamos sin duda, pero no en línea recta, como pretendía la idea del progreso y el desarrollo; avanzamos tropezando y a veces retrocediendo. La verdad nace de la contradicción y nadie posee la verdad última y definitiva, por lo menos en términos científicos y existenciales; volvemos a estar huérfanos y solos frente al silencio de Dios, porque llegamos a creernos dioses, los verdaderos pecados son la soberbia y la idolatría; creer que somos más que Dios y que las cosas que producimos son tan importantes como la creación misma. La humildad vuelve a ser una necesidad existencial y filosófica, identificados con Prometeo y Fausto, solamente pueden volver a salvarnos las grandes enseñanzas morales; cristos y quijotes vuelven a ser más necesarios que nunca.

La ciencia contemporánea nace de la confusión y expresa igualmente confusión; nuestra propia morada cósmica es percibida provisional, mortal y perecedera, al igual que la raza humana. El orden nace del caos, es otra conclusión de la ciencia contemporánea; en el fondo hemos vuelto al

génesis, a los viejos mitos de la humanidad; la ciencia está atascada, producimos muchas innovaciones técnicas y pocas ideas científicas, para complicar innecesariamente y aumentar los costos de nuestros artefactos y objetos en esta juguetería-quincalla en que hemos convertido a la economía. Se ha vuelto a discutir sobre el hombre como un azar determinado tanto por la genética como por la cultura; en ambos casos, el hombre cada vez es más extraño al hombre porque, como dice el proverbio chino: “Si somos mente y la mente reflexiona sobre sí misma, el resultado es la confusión”; de allí el relativismo cultural de nuestra época, mezcla informe de muchas influencias, sincretismo dinámico de identidad que se reconstruye permanentemente; por eso la preocupación, la necesidad de buscar lo permanente, constante y fundamental en el hombre. La velocidad y el cambio, en nuestro tiempo, es más aparente que real: la cultura profunda, la de los orígenes y la historia, es por definición de larga duración.

La acelerada carrera al consumo, la ansiedad por tener y los muchos espejismos de felicidad que se nos ofrecen han creado un individuo profundamente alienado y atemorizado, en huida permanente hacia la muerte y ello mismo ha generado sociedades y sistemas de producción que sólo pueden sobrevivir con estructuras políticas autoritarias y totalitarias. En nombre de la democracia y el desarrollo hemos creado un mundo dividido y empobrecido, regido por la fuerza y la manipulación; por eso Pier Paolo Passolini podía decir que el nuevo fascismo es la televisión, y no es casual que Gorbachov y Bush, respectivamente, provengan de la KGB y la CIA.

Desorientado, confundido, el hombre contemporáneo vuelve a empeñarse en la búsqueda de certeza; de ahí la paradoja de nuestro tiempo: la máxima racionalidad nos ha conducido a la necesidad de reencontrar en nosotros al hombre religioso, la necesidad de una nueva fe, que no significa otra cosa sino certidumbre de la verdad; sin renunciar a la ciencia de las cosas y los objetos, tenemos que recuperar la ciencia fundamental del hombre; los seres humanos tenemos que volvernos a mirar a los ojos, con alegría e inocencia.

Siglo XIV

“En este mundo unos oran, otros combaten, otros además trabajan... desde sus orígenes el género humano estaba dividido en tres: oradores, labradores y guerreros”

(*orare, pugnare, agricolari/laborare*, de un texto del siglo XI).

Consideraciones preliminares

1. La historia no se repite, pero el hombre sí (de allí la necesidad de conocer el pasado).

2. La historia como maestra de la vida (Cicerón).

Si algo enseña la historia es que no enseña nada (Hegel).

3. El tiempo real es el presente, definido existencialmente, pasado y futuro se lo inventa cada sociedad de acuerdo con los intereses dominantes.

4. La historia es fundamentalmente identidad, lo real-acontecido (para el historiador no existe la pregunta: ¿qué hubiera pasado si...?; la historia, objetiva en el dato, es subjetiva en la interpretación).

5. Al historiador siempre le ha interesado el gran hombre, la guerra y la política; después se interesó en la economía y la sociedad y, en general, todo lo que tiene que ver con el hombre, incluida su cotidianidad.

6. La historia comienza con el mito y la leyenda, posteriormente se identifica con la épica y con los griegos (siglo V a.C.) se hace pensamiento reflexivo; decía Heródoto que lo que distingue para siempre al heleno del bárbaro es que en todo tiempo razonó y fue libre de tanta credulidad.

7. La historia es cronología y genealogía, una visión de los muchos tiempos del hombre, un diálogo entre el presente y el pasado, una de las formas que hemos inventado de enfrentarnos a la eternidad, de asumir el futuro.

8. La edad media, un invento de los historiadores, denigrada o exaltada,

ha servido de fundamento al mito de Occidente, al dominio de Europa y a la visión eurocéntrica del mundo.

9. El siglo XIV, la gran mutación, según Braudel, en los últimos dos mil años; el siglo que inaugura la edad moderna y contemporánea, también ha sido calificado de siglo-encrucijada, siglo de crisis.

10. Una gran crisis histórica.

La Europa feudal estaba pasando en esta época por una crisis muy importante, generada en su interior, que estaba conmoviendo sus cimientos sociales. Sus clases dominantes se estaban destruyendo mutuamente a gran velocidad, mientras que su sistema de tierras (base de su estructura económica) se estaba volviendo más flexible, con una considerable reorganización que iba en el sentido de una distribución mucho más igualitaria de lo que había sido la norma. Además, los pequeños campesinos estaban demostrando una gran eficiencia como productores. Las estructuras políticas en general se estaban debilitando y su preocupación por las luchas intestinas entre los que tenían el poder político hacía que quedara poco tiempo para reprimir la fuerza creciente de las masas de la población. El aglutinante ideológico del catolicismo estaba sometido a grandes tensiones y en el mismo seno de la iglesia estaban naciendo movimientos igualitarios. Las cosas estaban realmente cayéndose a pedazos (L. Wallerstein).

Como en toda crisis, para unos era el ocaso, el fin del mundo, para otros era la aurora, el comienzo de otra época un nuevo mundo. Para los europeos es el nacimiento de Europa, el Islam perdía toda España, menos Granada; la cristiandad reconquista el Mediterráneo y los germanos llegan a las puertas de Rusia y se apoderan del Báltico; Francia e Italia dominan el escenario y florece la vida urbana en ciudades y puertos que con el tiempo pasarán a ser verdaderos mitos: Florencia, Venecia, París. Dice H. Pirenne: “Alrededor de 1300, los dos países en los que el celoso localismo del poder feudal y la independencia de las ciudades eran más acentuados, ponían las bases de la vida económica, cultural y religiosa de Europa occidental y se convertían en la punta de lanza de su expansión bélica”.

La edad media, poderosa realidad y mito recurrente, mil años de un orden social que se creía eterno, de la *pax romana* a la *pax dei*, el hombre se repite a sí mismo, decía Tucídides, y la historia siempre termina confundiendo con la leyenda.

Siglo XIV: un espejo lejano

1. El hombre del siglo XIV nunca está solo; su vida familiar y comunal es intensa y siempre presente; vive y envejece acompañado; su experiencia vital es la misma de sus antepasados y piensa que la sociedad y el mundo nunca cambian; todo es igual desde siempre para siempre (ignora la idea de progreso); la religión lo es todo y más concretamente la iglesia que ejerce un control social total (para ello se inventaron campanas y campanarios). No conoce el café, el té y el tabaco y los señores tomaban un vino caliente con especias, los pobres sidra y cerveza. Vivían el día y la noche como los animales, todos se congregaban en torno a las fogatas y los señores compartían sus chimeneas con la servidumbre. Las comodidades no eran muchas para nadie, la higiene inexistente y la salud pública deplorable. De cada tres niños morían dos durante el primer año de vida, las expectativas de vida eran de veinticinco a treinta y cinco años; las epidemias frecuentes, siendo la más famosa la peste negra de 1348-1350 que arrasó con un tercio de la población entre Islandia y la India. La vida cotidiana giraba en torno a la muerte, las enfermedades, las hambrunas y las guerras; la vida era mezquina y miserable; la lluvia y el frío constantes.

2. El siglo XIV cuando el Apocalipsis se hizo presente; cambios climáticos radicales, el mar Báltico se heló dos veces en 1303 y en 1306-1307 (en lo que se ha denominado la última gran glaciación y que va a durar hasta el siglo XVIII cuando revierte el proceso y comienza una etapa de calentamiento progresivo de la tierra), el invierno y la lluvia se hicieron dominantes y afectaron cosechas y tierras cultivables; las hambrunas se hicieron frecuentes (1315-1316), así como las pestes; la población disminuye y el miedo lo cubre todo.

3. La guerra se cebó en el siglo: el rey de Francia atacó al papa; el pontificado fue trasladado a Avignon; se exterminó a los templarios; los pastores se sublevaron; se peleó contra Inglaterra, y todos pelearon contra todos.

Bandolerismo y pillaje estaban a la orden del día y la infantería derrota a la caballería (1302), batalla de Courtrai. El arco mejorado sustituye a la ballesta y hace su aparición el cañón, aunque de una manera muy rudimentaria todavía. Se peleaban las guerras por los mismos motivos que se han esgrimido siempre: razones económicas, religiosas, políticas y psicológicas.

Guerras de treinta años, guerras de cien años, Cruzadas, la vida no era sino un eterno guerrear. La edad media nace y muere de la guerra.

4. “Pagana, bárbara, feudal y cristiana por el cúmulo del oscuro pasado, así era la sociedad medieval” (B. Tuchman).

Francia era la sociedad dominante por su superioridad en caballería, ciencia y devoción cristiana; mientras que Italia dominaba en las artes y el comercio; Inglaterra comenzaba a levantar cabeza y el papado era el centro espiritual.

Mientras el poder político se centralizaba en los siglos XII y XIII, las energías y talentos de Europa se acumularon en uno de los grandes estallidos del desarrollo de la civilización. Bajo el estímulo del comercio, recibieron impulso en arte, la tecnología, arquitectura, saber, exploración terrestre y marítima, universidades, ciudades, banca y crédito, y en fin, todas las esferas que enriquecen la vida y amplían sus horizontes.

Aquellos doscientos años fueron la alta edad media, período que introdujo la brújula y el reloj mecánico; el torno de hilar y el pedal del telar; los molinos de viento y de agua; período en que Marco Polo fue a China y Tomás de Aquino se entregó a organizar el conocimiento y en que se fundaron universidades en París, Bolonia, Nápoles, Padua, Oxford, Cambridge, Salamanca, Valladolid, Montpellier y Toulouse; en que Giotto pintó el sentimiento humano; Roger Bacon sondeó la ciencia experimental y Dante trazó su gran diseño del destino humano y escribió en lengua vulgar; período en que la religión se expresó en la suave predicación de San Francisco y en la crueldad de la inquisición, y en que la cruzada contra los albigenses empapó de sangre y muerte, en nombre de la fe, el sur de Francia, mientras que se remontaban las catedrales arco sobre arco (comunitariamente), triunfos de la capacidad de creación, la técnica y la fe.

5. La iglesia lo era todo.

La iglesia lo controlaba todo, el tiempo y el espacio (a.C./d.C., rezos, vigiliyas, misas, fiestas), control y registro de nacimientos, matrimonios, defunciones, parentesco, control de la enseñanza, de la asistencia pública y hospitales, etc. Nada escapaba a la injerencia y competencia de la iglesia, ni el poder político, ni el económico, esta vida y la otra, y todo lo mercantilizó

(*simonia*); todo se vendía: la salvación del alma, el permiso para no ayunar, para comerciar con judíos, para una monja tener servidumbre, un abad comprar el cargo, etc.

Epílogo

En los cincuenta años siguientes, las fuerzas del siglo XIV se extinguieron, algunas de modo exagerado, como los defectos de los ancianos. La muerte negra, tras su penosa intervención en el último año del siglo, desapareció. En cambio, la guerra y el bandolerismo se renovaron, el culto de la muerte se hizo extremoso y la lucha por terminar el cisma y reformar los abusos de la iglesia llegó a ser desesperada. El despoblamiento alcanzó el apogeo en una sociedad agotada física y moralmente (B. T. p. 543).

Bicentenario de la Revolución francesa

Introducción

La Revolución francesa pertenece con pleno derecho a nuestra contemporaneidad; su impronta e influencia sigue presente, tanto en lo ideológico-político como en lo mítico-imaginario.

La modernidad como proceso se define en el siglo XVIII, con el maquinismo y la revolución industrial, la ilustración y las revoluciones burguesas.

En el siglo XVII se da la revolución inglesa (1688); el movimiento de Cromwell sirve para limitar los poderes de la monarquía y establece, sobre la sangre del rey ajusticiado, el principio de que nadie está por encima de la ley y todos deben subordinarse. En 1776 se crea la primera república democrática con los Estados Unidos de Norteamérica. En 1789, en Francia se termina de definir el nuevo modelo político, que es proyectado al resto del mundo. La propia revolución bolchevique, que desde otros puntos de vista es tan diferente, se inspira y abreva en la revolución francesa.

Los hechos

1787: Reunión de la Asamblea de los Notables; se decide convocar a los Estados Generales.

1788: Desórdenes de diverso tipo. Inquietud social generalizada. Crisis ministeriales. Reforma judicial. Convocatoria de los Estados Generales para el 9 de mayo de 1789.

1789: En marzo son las elecciones para los Estados Generales, que se instalan el 5 de mayo. Desórdenes y revueltas en diversas provincias.

Los Estados Generales se trasforman en Asamblea Nacional. Protesta popular y vacío de poder. El 14 de julio toma de la Bastilla.

4 de agosto: abolición de los privilegios del clero y la nobleza.

26 de agosto: Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.

1790: Continúan las protestas populares, en París y en las provincias.

Tensiones crecientes entre partidos y grupos.

27 de noviembre: se impone a los funcionarios el juramento: “Por la nación, por la ley y por el rey”.

1791: Muerte de Mirabeau (2 de abril). Fuga de la familia real y arresto en Varennes (20-21 de junio).

1792: Violencia generalizada, guerra interna y externa. Declaración de la patria en peligro (11-21 de julio). Abolición de la monarquía (21 de septiembre). Año 1 de la revolución.

1793: Ejecución de Luis XVI (21 de enero). Danton, Marat, Robespierre.

1794: La guerra y el terror.

1795: La revolución se apunta importantes éxitos en la guerra y controla con mano férrea la situación interna. Elección del Directorio Ejecutivo.

1796-1797-1798: Napoleón: ¿Herederero o usurpador de la revolución?

1799: Golpe de Estado de Napoleón contra el Directorio y el Consejo (el 18 Brumario, 9 de noviembre).

1804: Coronación de Napoleón como emperador.

Las interpretaciones (historiografía)

En pleno proceso revolucionario fue mucho lo que se escribió sobre la revolución, como es lógico, con más pasión que lucidez. La primera obra de conjunto y con un propósito manifiesto de objetividad fue la de Louis Blanc, *Histoire de la révolution française*, París, 1847-1862. Simultáneamente vino la eclosión romántica de obras sobre la revolución: T. Carlyle (1837), J. Michelet (1847-1853) y A. de Lamartine (1847). De este período destaca, sin lugar a dudas, Alexis de Tocqueville (1864), amplio en la

información, riguroso en el método y desapasionado en el juicio. Con él se abre la corriente positivista y su interpretación científica de la historia de la revolución: Sybell (1853-1879), Taine (1875-1893), etc.

La historia de la revolución se oficializa y entra a formar parte de los programas de estudio de escuelas y universidades. La historia oficial responde a los intereses dominantes; su exponente más connotado fue A. Aular. En los años 1920-1930 se inicia una corriente moderna y revisionista que mucho tiene que ver con los historiadores que se agruparon en los Annales: G. Lefebvre, E. Labrousse, A. Sobou, etc. Fuera de Francia, la historiografía ha sido abundante y variada, tanto en el aspecto académico como en el político-literario.

El tema de la revolución ha estado en el centro del debate político-ideológico de nuestra época. La tendencia dominante en los últimos años es estudiar la revolución desde la perspectiva de sus grandes temas y problemas (económicos, sociales, etc.), pasando a un segundo lugar los personajes y anécdotas.

La Revolución francesa y Venezuela

No hay duda del impacto de la Francia revolucionaria sobre nuestros países; aunque está pendiente una revisión crítica de esta influencia, para ponderarla y establecer sus límites precisos y sus aportes concretos.

Culturalmente, Francia es determinante en los siglos XVIII y XIX. Prestigiada y universalista, la cultura francesa influye en todo el continente. Paradójicamente, el principal vehículo es la propia España, y los centros difusores por excelencia son algunas islas del Caribe (Haití, Martinica, Guadalupe, etc.). La influencia en los hombres de la independencia es innegable, aunque se hace necesario establecer esta influencia de manera concreta y precisa. El único estudio serio al respecto es el de C. Parra Pérez, *Miranda y la revolución francesa*, escrito originalmente en francés, a la que se puede agregar alguna que otra monografía.

Los Derechos del Hombre son traducidos en Bogotá en 1793, por Nariño, cuatro años después de su publicación en Francia y empiezan a recorrer estas tierras con una influencia notable sobre el pensamiento de la época.

Los autores franceses de la ilustración son leídos ávidamente. París se convierte en un centro editor y difusor de primera importancia de las cosas de América y de su proceso emancipador.

Simón Bolívar vive estas influencias y sufre la fascinación de la cultura francesa. Vive en París (enero-marzo de 1802; mayo de 1804 a abril de 1805; septiembre de 1805 a septiembre de 1806). Domina el francés a la perfección, vive con intensidad la ciudad y el país. Igual Simón Rodríguez y particularmente Francisco de Miranda. Nace éste en 1750 y sale de Venezuela hacia Europa en 1771. No regresa sino treinta y un años después. El Precursor se incorpora activamente a la revolución en 1792 hasta 1798. Sigue viajando incansablemente y abandona definitivamente a Francia en 1801.

Francia y América Latina tienen una historia aun por contar, aunque algunas páginas ya han sido escritas. La cultura francesa nos ha marcado tanto, que Carlos Fuentes llegó a proclamar a París como la capital de América Latina.

Doscientos años después, la revolución sigue concitando nuestro interés. Burguesa en sus propósitos e intereses, la revolución francesa sigue proyectando su carga ideológica y doctrinal más allá de sus límites naturales, sociales e históricos.

La libertad y la igualdad, como utopías concretas de la humanidad, siguen definiendo y marcando las luchas de los hombres.

Si creemos en el futuro y en los hombres como sujetos de la historia y en los pueblos como protagonistas, ninguna revolución habrá sido en vano. Tiempos trágicos e intensos, tiempos límites, tiempos de auroras y esperanzas.

Esclavitud y libertad

Miles de años de evolución humana y el hombre ha esclavizado al hombre como algo natural. Aristóteles desarrolló toda una tesis al respecto. Hay hombres que se distinguen de sus semejantes como el alma del cuerpo y el hombre del bruto. Son hombres naturalmente subordinados, necesariamente sometidos a sujeción. De ánimo servil y dotados de manera natural para las actividades materiales. El esclavo es un instrumento animado, propiedad de su amo. El esclavo, como botín de guerra, se justifica desde cualquier punto de vista. La esclavitud es necesaria y legal.

Dos mil años después, moral y legalmente hemos superado esta concepción, no así en la práctica. El etnocentrismo y el racismo siguen conside-

rando natural la esclavitud y la servidumbre de algunos pueblos, de algunas etnias en particular.

Esclavitud y servidumbre siguen presentes en la consciencia y en la cultura de muchos hombres, como algo necesario o por lo menos inevitable. Hay una dialéctica esclavitud-libertad que el hombre contemporáneo no ha logrado desmontar definitivamente. El ejemplo del cristianismo es elocuente al respecto. Proclamó entre los primeros la igualdad fundamental de los hombres, pero en la práctica, como estableció Ernst Troeltsch, de hecho avaló el régimen esclavista, tanto en la antigüedad como en el nuevo mundo. “La naturaleza de la institución esclavista quedaba neutralizada por las pretensiones de lo ideal. Exteriormente, sin embargo, la esclavitud no pasaba de ser una parte de la ley general de la propiedad y del orden del estado que el cristianismo aceptó sin mover un dedo por alterar; antes bien, en virtud de sus garantías morales, tendió a fortalecerla”. El cristiano, con su renuncia al mundo, ignoró el sistema social, de hecho terminó avalándolo.

La conciencia moral de la humanidad fue posibilitando la libertad de todos los hombres, pero la libertad sólo es real en la medida en que el proceso histórico concreto así lo permitía. Sólo cuando la esclavitud es asumida como realidad económica y política, puede ser comprendida a cabalidad, en su inhumana necesidad. Sólo cuando el desarrollo social la hace innecesaria, la esclavitud se convierte en un problema político y se posibilita su extinción. La historia la hace el hombre, pero condicionado por la realidad existente. No basta con negar moralmente una realidad para que ésta desaparezca, es necesaria la transformación concreta de la realidad a partir del propio desenvolvimiento de las fuerzas sociales y productivas. Sólo a partir del siglo XVI, con el nacimiento del mundo moderno y contemporáneo, y gracias al capitalismo, fue posible plantearse la extinción material de la esclavitud. La historia está hecha de paradojas: el sistema que históricamente acaba con la esclavitud, nace montado sobre ella. Ésta es la historia de los últimos quinientos años, siendo un hito el siglo XVIII y particularmente la revolución francesa, con su antecedente ideológico: la Enciclopedia, así como la definitiva Declaración del Hombre y el Ciudadano.

La Enciclopedia fue una obra colectiva, en XVII volúmenes, publicada entre 1751 y 1765, de decisiva influencia ideológica y política que a su vez,

refleja lo más avanzado del pensamiento de la época. En lo que toca a nuestro tema, son fundamentales los artículos relativos a la igualdad natural, libertad civil, libertad natural, libertad política, trata de negros y esclavitud.

“La naturaleza humana es la misma en todos los hombres, de allí el imperativo de tratarse todos los hombres como iguales. De este principio se deduce, que todos los hombres son naturalmente libres” (I.N.)

“La libertad natural es el derecho que la naturaleza da a todos los hombres para disponer de sus personas y de sus bienes de la manera que juzguen más conveniente a su felicidad”. (L. N.)

“Esa compra de negros para reducirlos a esclavitud es un negocio que viola la religión, la moral, las leyes naturales y todos los derechos de la naturaleza humana”. (T. de N.)

El siglo XVIII fue decisivo con respecto a la abolición de la esclavitud. Los ilustrados conocían la esclavitud por el estudio del pasado (Grecia y Roma) y por la realidad presente, especialmente en África y América. “La tendencia dominante se oponía a la esclavitud, aunque Voltaire y Montesquieu eran más bien ambiguos frente a la hostilidad incondicional de Diderot y Holbach” (M. I. Finley). Montesquieu, en el *Espíritu de las leyes* (libro XV) lanza un demoledor ataque contra la esclavitud, de gran repercusión e influencia posterior, recogido por Jaucout en su artículo sobre la esclavitud, publicado en la Enciclopedia (1755, volumen V).

Triunfante la revolución, la piedra angular es la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del 26 de agosto de 1789. La Asamblea Nacional se pronuncia categórica sobre el hecho que “los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos” (art. 1). El resto de la Declaración no es más que el desarrollo de estas ideas fundamentales.

La dialéctica libertad-esclavitud está presente desde el primer momento de la revolución, llegando a representar uno de los debates más arduos del proceso y con resultados más contradictorios. Existe un grupo francamente abolicionista: la Sociedad Amigos de los Negros. El propio Mirabeau, el 3 de diciembre, en plena asamblea, plantea la abolición de la esclavitud, y recibe el aplauso entusiasta de la mayoría. Los intereses vinculados a la esclavitud, especialmente la burguesía mercantil de Burdeos, logra

trasladar la discusión a una comisión, cumpliéndose una vez más aquello de que si quieres diferir o negar algo, nombra una comisión. Este comité mediatizado, con apoyo de los girondinos produce su informe en marzo. En el informe se mantiene la autoridad de las colonias y el derecho que tenían para promulgar sus propias leyes y regular el estatuto y la condición de las personas no libres, obviándose el aspecto moral y racial del problema. Fue un triunfo parcial y provisional, hasta el triunfo jacobino, a quien cupo el honor de decretar la abolición de la esclavitud. Napoleón la restablece, pero es abolida definitivamente en 1848.

El mundo moderno descansa, entre otras cosas, sobre la esclavitud. La relación entre esclavitud y capitalismo es total. La esclavitud resultaba odiosa a muchos hombres, pero la mayoría la consideraba necesaria. “Había sido la base de la economía griega y había edificado el imperio romano. En los tiempos modernos proveía el azúcar para el té y las tazas de café del mundo occidental. Produjo el algodón que sirvió de base al moderno capitalismo. Formó las islas de América del Sur y del Caribe” (Eric Williams).

Capitalismo y esclavitud se relacionan orgánicamente. La esclavitud es vital en la producción y explotación de las tierras coloniales con economía de plantación. Las tierras robadas a los indios americanos fueron trabajadas por los hombres robados a sus tierras africanas. *Jong sang doo*: la tierra donde los esclavos son vendidos. Los tratantes y exploradores aniquilan el cuerpo y roban el alma. El vil tráfico esclavista se inicia en el mismo siglo XVI, como una gran empresa mercantil; primero los portugueses y después los ingleses, tienen la primacía, aunque ninguna nación europea fue ajena a este tráfico, con la complicidad de los propios africanos y en especial de los árabes. Millones de seres humanos son trasladados violentamente, pero la mayoría muriendo en el traslado y en la inhumana travesía del océano Atlántico. Los sobrevivientes, millones de negros, son disgregados de sus familias y tribus, y forzados a trabajar y vivir en tierras americanas. Entre 1680 y 1786, solamente en las colonias británicas, se establecieron más de dos millones de esclavos. Frente a la esclavitud y el tráfico de esclavos, el mundo europeo, monarquía, iglesia, gobierno, opinión pública, sin excepción, la aceptaban y propiciaban, aunque es de justicia reconocer que siempre hubo individualidades en contra de la esclavitud.

La situación comienza a cambiar a partir de 1783, cuando Inglaterra pierde las colonias norteamericanas. Mucho tiene que ver con ambas situaciones el pensamiento ilustrado. En el proceso emancipador norteamericano, una pauta fue establecida por la Constitución del estado de Georgia que, en uno de sus artículos, prohíbe expresamente la esclavitud. También fue importante la actitud crecientemente hostil a la esclavitud de algunos grupos, en especial los cuáqueros, quienes en 1783 se dirigen al Parlamento inglés con una petición de abolición que, obviamente, fue rechazada. Un caso importante es el de Haití. Para el momento en que se firma el tratado de Versalles (1783) se calcula su población esclava en 400 mil, cifra impresionante para la época y más si se tomaba en cuenta el pequeño territorio que ocupaba. Haití siempre había sido una tierra de negros levantiscos, había vivido rebeliones de todo tipo y sus negros cimarrones habían tejido su propia leyenda, de allí el impacto especial que significó la revolución de 1789. “En el primer momento, la revolución profundizó las divisiones que había en los estratos superiores de las sociedades francesas del Caribe, pero no conmovió a las masas esclavas, que eran las bases del sistema” (Juan Bosch). El primer enfrentamiento confrontó a blancos y mulatos e hizo crisis en 1790. En 1791 (15 de mayo), la Asamblea Constituyente de París decretó la libertad de todos los hombres de color en la segunda generación. Este decreto fue manipulado a favor de los mulatos y sus aspiraciones de igualdad social y política y en menoscabo de la libertad de los esclavos, pero sirvió para encender la chispa de la rebelión negra: primero como una simple revuelta y después como un movimiento organizado que culmina con la declaración de la libertad de los esclavos en 1793 (29 de agosto). Haití había iniciado un proceso y señalado un rumbo. Acosada e invadida (como Cuba y Nicaragua en el siglo XX) no cesaron en sus luchas libertadoras hasta llegar a su Declaración de Independencia el 10 de enero de 1804. Había nacido la primera república negra del mundo. El costo fue terrible: más de 100 mil negros muertos en combate, desde 1791, y más de 50 mil franceses. El país asolado y arruinado, se convirtió en un símbolo de la libertad del hombre y de la libertad de las naciones de América.

El caso venezolano presenta aspectos propios mucho menos intensos y traumáticos. “Hasta el 19 de abril de 1810. los esclavos negros venezolanos

pertenecían a un grupo social bien definido cuyos derechos y deberes habían sido establecidos durante casi tres siglos de costumbres y leyes coloniales” (J. Lombardi). El 14 de agosto de 1810 se decreta la prohibición de continuar con el comercio de esclavos. Según F. Brito Figuerola, el decreto fue básicamente simbólico, ya que para la fecha, el comercio de esclavos estaba reducido a su mínima expresión. En 1812 Miranda declara la conscripción para los esclavos, los cuales tras diez años de servicio serían libres. En 1816, bajo la influencia directa de movimiento haitiano, Bolívar lanza su famosa proclama donde plantea la libertad de los esclavos. Era evidente la necesidad de sumarlos a la causa patriota. Bolívar insistió en esta línea hasta 1819, cuando “el Congreso de Angostura empezó la reconstrucción del sistema de esclavitud en Venezuela” (J. L.). Rechazándola en teoría, el Congreso la mantuvo, aunque con la promesa de eliminarla gradualmente y a plazo fijo.

En 1821, en Cúcuta se consolida esta política, con una ley al respecto. Los hijos de esclavos nacían libres, por lo que era sólo cuestión de tiempo para que la esclavitud desapareciera. En la práctica, el sistema seguía funcionando en torno al trabajo esclavo, al manumiso convertido en peón y, de hecho, todos sometidos a servidumbre y explotación.

Después de 1830, la esclavitud se va convirtiendo en una rémora, hasta su extinción definitiva en 1854.

La esclavitud desaparece en la medida en que, económicamente, se hizo innecesaria. Para 1838, Codazzi calculó que los esclavos representaban un poco más de 5 por ciento de la población. Para 1854 representaban apenas un 1 por ciento. La ley fue promulgada el 24 de marzo de 1854, en un texto y una retórica muy de la época. “Si el Libertador Simón Bolívar por varios decretos y resoluciones acordó la libertad de los esclavos en Venezuela, el Congreso de 1854 la hizo efectiva y el Genio Oriental le puso el exequátur”.

La esclavitud terminó por inercia, sin grandes tensiones y luchas. “La esclavitud se terminó cuando se calculó que el costo de mantenerla como institución era mayor que el costo de eliminarla” (3. Lombardi).

La dialéctica esclavitud-libertad se ha transformado en el siglo XX en la lucha contra la discriminación y el racismo, secuela dolorosa y trágica que tantos conflictos sigue provocando. El racismo, a la par de un prejuicio, científicamente insostenible, es producto de un gran miedo y un profundo

resentimiento. La época moderna, dice Mircea Eliade, “está caracterizada por la confrontación con los desconocidos, los extranjeros y sus mundos, universos insólitos, no familiares, exóticos o arcaicos”.

El hombre contemporáneo, a su manera, sigue siendo un primitivo, afechado a valores primarios y elementales como: raza, religión, tierra, patria, etc. La humanidad, a pesar de su integración progresiva e interdependencia evidente, sigue cultivando la ignorancia, la desconfianza y el odio hacia el otro. Los dioses particulares se resisten a asumirse como negros o extranjeros. Los humillados y ofendidos de la tierra siguen en su plegaria, sin ser entendidos y atendidos.

El siglo XX, entre otras cosas, ha significado una gran utopía: el diálogo de las civilizaciones, ideal muy lejos de haber sido alcanzado. Seguimos en búsqueda de esa civilización tan humana que quería L. Senghor: “El humanismo del siglo XX, que sólo puede ser civilización de lo universal, se empobrecería si le faltase un solo valor de un solo pueblo, de una sola raza, de un solo continente”.

Al tratar la esclavitud tendemos a historizarla y desencarnarla; decimos que son cosas del pasado. Pero no es así, la esclavitud existe y sobrevive, gracias al *apartheid* sudafricano, al comercio y venta de seres humanos en tantas partes del mundo, a la explotación inmisericorde de millones de seres humanos, al odio racial y al fanatismo religioso e ideológico. La humanidad ha avanzado, pero no lo suficiente, y el combate por la libertad continúa.

Razones para ser optimistas ante el futuro

En el siglo XX, esa concepción optimista del hombre y del mundo, fundada en la idea del progreso y de la educación como palanca fundamental del desarrollo humano y social, que heredamos de los siglos XVIII y XIX, ha hecho crisis.

Frente al predominio de otros medios e instituciones —tal es el caso, por ejemplo, de la llamada industria cultural— que inciden de manera más profunda y permanente en la conducta y formación de valores, la educación se encuentra fuertemente cuestionada y su influencia disminuida.

Cuando en los años 60 se impuso el feminismo, el orientalismo, la ecología y la paz; y en los 70 y 80, el naturismo, la cultura física y las creencias esotéricas, la sociedad de consumo terminó dándole la única configuración posible en una cultura donde se privilegia tener todo dentro de un consumismo desatado y un mal gusto de nuevos ricos. Vivimos una época profundamente despersonalizadora, marcada por el fetichismo del dinero y el éxito, económico y social.

La moda yuppie no es otra cosa que la vuelta a los 50, cuyos rasgos resalantes son la manía del dinero, la indiferencia social y la falta de sensibilidad frente a la pobreza. La generación de los años 80 y 90 asume como modelo ideal de identificación al tecnócrata, cuya única aspiración es convenirse en capitalista. El dinero es su verdadera pasión y la base sobre la cual se construye el éxito. La diversión y el enriquecimiento configuran el horizonte de los jóvenes. El futuro es un simple afán de novedad que la quincallería tecnológica tiende a satisfacer. No obstante, existen razones para ser optimistas: una época más liberal y una nueva sensibilidad se abre frente a nosotros, ante el retroceso de la onda neoconservadora.

Pienso que de aquí en adelante, el mundo será más inestable, pero también más interesante. Muchas cosas nuevas van a nacer. Nuevos valores, nuevas actitudes y nuevas interrogantes.

En un plano individual, todas las grandes religiones y filosofías coinciden en un principio ético-moral fundamental: el respeto a los demás. La educación del hombre contemporáneo se centra en la necesidad de construir un mundo solidario en donde cada pueblo participe desde su identidad específica. La paz y el desarrollo forman parte del programa común de toda la humanidad. Los pueblos avanzan unidos y sólo en la solidaridad es posible la justicia y la libertad.

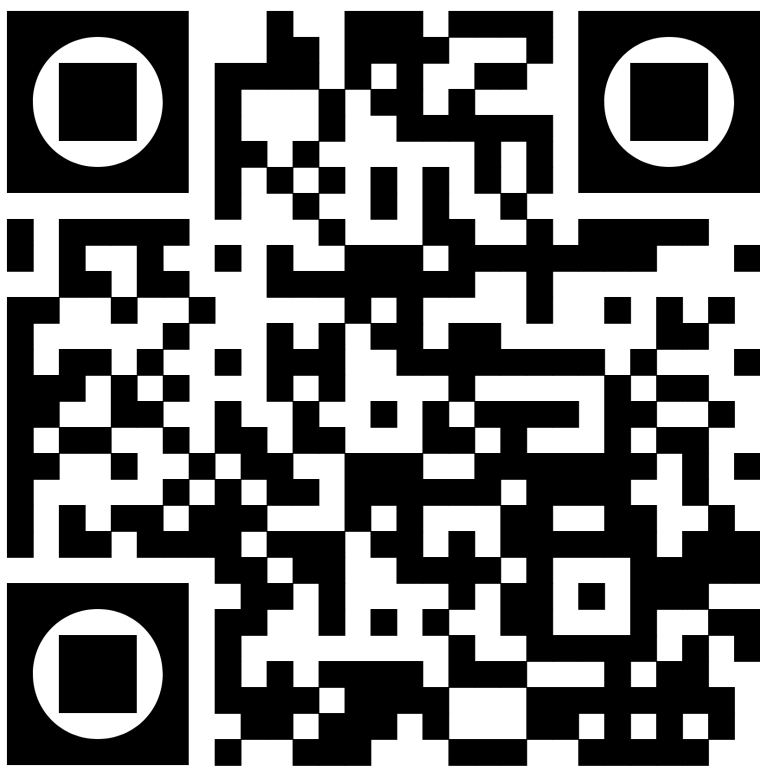
La autonomía moral de cada individuo implica que éste es progresivamente responsable y que la verdadera libertad significa no tanto lo que puede hacer, sino lo que debe hacer, lo que no daña a otro. Es lo que podríamos llamar la moral o la ética de la responsabilidad. El maestro frente al niño y el joven educa con su ejemplo. De allí la gran responsabilidad que se adquiere al asumir la profesión de educador.

La humanidad contemporánea, axiológicamente gira en torno a grandes temas comunes: la paz, el equilibrio ecológico y la defensa de la naturaleza, el respeto a las diferencias y a las minorías, la justicia social y la libertad, la cooperación y la integración de los pueblos. Estos temas comunes nos inspiran un optimismo sin precedentes en este siglo. Por eso confío en la vitalidad de la cultura contemporánea y en el nuevo compromiso que tienen los jóvenes.



Publicación digital de Fundación Ediciones Clío, Academia de Historia del estado Zulia y Centro de Estudios Históricos de la Unviersidad del Zulia

Maracaibo, Venezuela,
Noviembre 2023



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución académica que procura la promoción de la ciencia, la cultura y la formación Integral de las comunidades con la intención de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural en aras de formar de manera individual y colectiva a personas e instituciones interesadas. Ayudar en la generación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales como herramientas útiles en la resolución de los problemas de la sociedad es nuestra principal visión. Para el logro de tal fin; ofrecemos un repositorio bibliográfico con contenidos científicos, humanísticos, educativos y culturales que pueden ser descargados gratuitamente por los usuarios que tengan a bien consultar nuestra página web y redes sociales donde encontrarás libros, revistas científicas y otros contenidos de interés educativo para los usuarios.

El Dr. Ángel Lombardi, reconocido historiador y analista político, ha dejado una huella significativa en la academia. Como Rector de la Universidad Católica "Cecilio Acosta" y la Universidad del Zulia, ha demostrado su amplio conocimiento en diversas disciplinas, plasmado en numerosas obras que abordan la historia, política, economía y cultura. Con estudios en la Universidad del Zulia, la Complutense de Madrid y la Sorbona de París, ha recibido el título de Doctor Honoris Causa en varias universidades. Su enfoque multidisciplinario y su visión integral de la sociedad han dejado una impresión duradera en la educación y la historia

